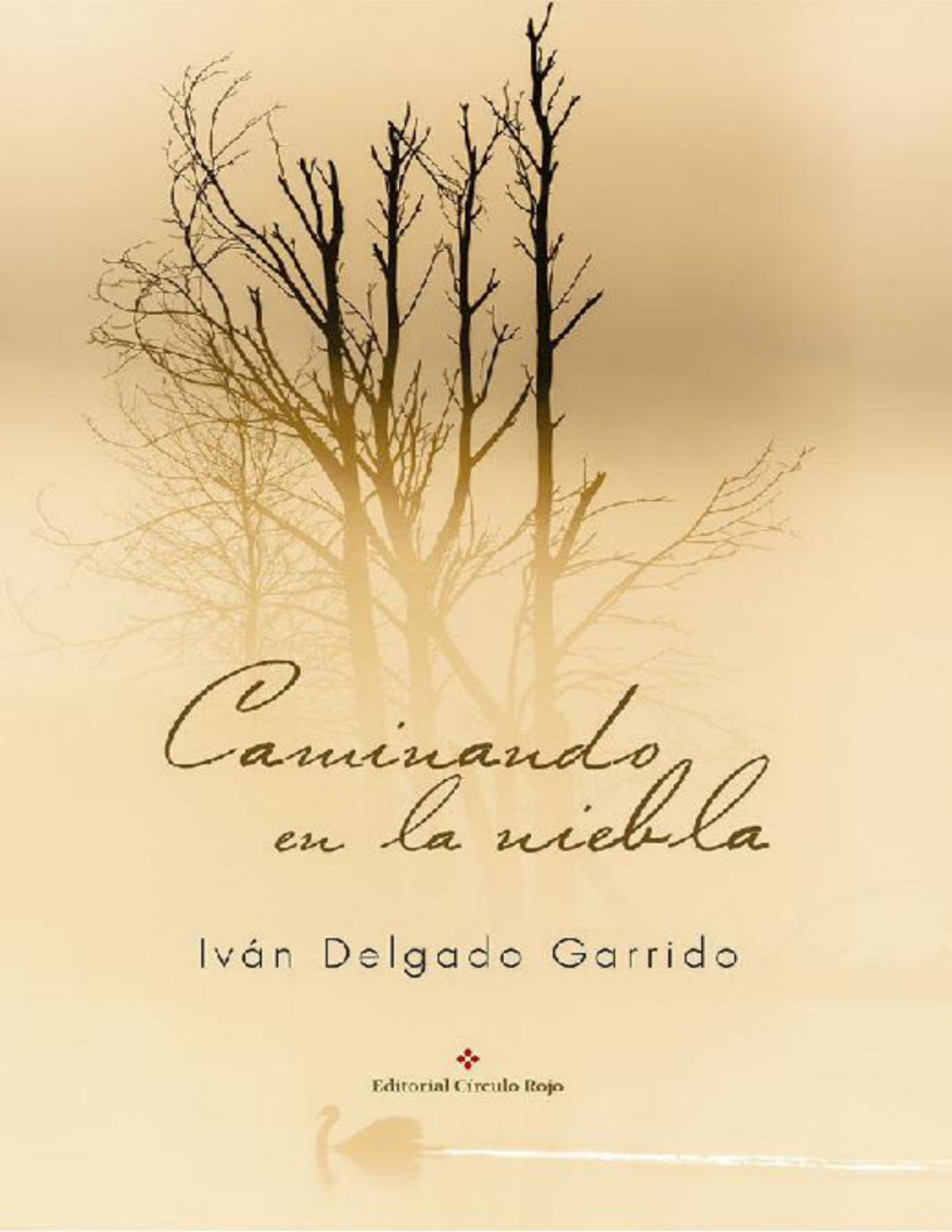

Caminando en la niebla

Iván Delgado Garrido

Editorial Círculo Rojo

Caminando en la niebla

Iván Delgado Garrido

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: septiembre 2015

© Derechos de edición reservados.
Editorial Círculo Rojo.
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com
Colección Novela

© Iván Delgado Garrido

Edición: Editorial Círculo Rojo
Maquetación: Editorial Círculo Rojo
Rev: Editorial Círculo Rojo
Fotografía de cubierta: © Fotolia.es
Diseño de portada: © Editorial Círculo Rojo

Producido por: Editorial Círculo Rojo.

ISBN: 978-84-1350-910-5

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

“... mi agradecimiento a todos y cada uno de los que habéis estado conmigo a lo largo de esta aventura, y especialmente a Lucía, por iluminar mi camino cada día ...”

CAPÍTULO I

Aquel día, la mañana despertó cubierta en brumas. Me acerqué a la ventana y me detuve un momento, observando cómo los perfiles de los centenarios muros de piedra se adentraban y perdían lentamente en aquella espesa masa gris. Algo más cerca, alcanzaba a ver algunos de los árboles más próximos irguiéndose de la tierra, como columnas elevándose hasta perderse en aquel mar de nubes. Hacía viento, y la tenue lluvia golpeaba con cierto compás contra los cristales de la generosa ventana del dormitorio principal.

Tenía el día libre, y la idea de poder quedarme en casa y disfrutar del calor del fuego de la chimenea recorrió en un instante cada ápice de mi cuerpo hasta dibujar una sonrisa en mi cara.

Mi mujer, Lucía, se había marchado pronto como de costumbre. No la había escuchado levantarse, pero en la cama aún se podían apreciar las huellas de su silueta perfecta, y el aroma de su dulce perfume revoloteaba por la casa como la estela de un cometa en el firmamento. Ella era la criatura más perfecta en la que mis ojos se habían posado jamás. El color verde de su mirada y su risa conseguían llenar de luz hasta el último rincón de aquella vieja mansión construida en piedra siglos atrás. Lucía era una prestigiosa cirujana y su pasión era salvar vidas, mirar cara a cara a la muerte y ganarle la batalla, para devolverle la felicidad a personas que nunca conocería, personas para las que ella se convertiría en el ángel que yo admiraba y amaba.

Bajé uno a uno los peldaños de la caprichosa escalera que, salpicada de detalles, se retorcía hasta posarse en un amplio vestíbulo desde donde se podía intuir la distribución de aquel vetusto edificio. Anduve a través de un amplio pasillo ignorando las antigüedades que

Lucía y yo habíamos estado coleccionando durante años, y que, ahora, vestían y daban sentido a las diferentes estancias de nuestra residencia. Todas y cada una de aquellas viejas piezas poseían su propia historia, algunas incluso leyendas que intrigaban profundamente a nuestros invitados durante las fiestas benéficas que Lucía organizaba para recaudar fondos y fuerzas en su lucha por erradicar el cáncer.

Arthur, como todos los días, ya había encendido la chimenea cuando entré en la sala. Las llamas de tono amarillo anaranjado danzaban alegremente mientras devoraban con ansia la madera seca y hacían de la estancia un lugar más acogedor. Aunque en aquella mañana gris, no parecían calentar como de costumbre.

Cautivado por un recuerdo, completamente absorto de lo que hacía o me rodeaba, me sorprendí asomado a la ventana gótica de la biblioteca, contemplando el majestuoso lago situado frente al ala oeste de la casa. Caprichoso, peleaba con las montañas mientras la niebla lo acariciaba y lo transformaba en un imponente espejo plateado. Era como un desierto de agua en una calma perfecta, únicamente perturbada por las ondas generadas en el nado de una pareja de cisnes buscando su primera comida del día en el frío invierno inglés.

Me gustaba salir a pescar, era excitante preparar todos los utensilios la noche anterior mientras soñaba con atrapar un buen ejemplar, o incluso la enigmática trucha royal. Algo que se remontaba a cuando era tan solo un niño y mi hermano mayor, Max, y yo recorríamos todos los ríos, riachuelos y lagos cercanos al pueblo de montaña donde nos criamos en busca de tan preciado tesoro. Conocíamos cada gruta, manantial o remanso de agua donde excepcionales piezas se ocultaban en una constante aventura tras aquel mito mágico; así es como apodamos nosotros a aquel sueño de nuestra niñez. Un pez dorado, que, según contaba la leyenda, habitaba aquellas aguas desde hacía siglos, y solo un puñado de pescadores aseguraban haberlo visto en alguna ocasión durante las frías noches de invierno. Nuestro abuelo no le daba mucha credibilidad a aquel mito y siempre nos hacía reír con alguna broma sobre aquel salmónido luciérnaga, como él lo llamaba entre risas, cuando nos escuchaba a Max y a mí hablar de aquel pez, mientras planeábamos nuestra jornada de pesca decidiendo sobre la caña, el carrete, las moscas y el sedal que deberíamos utilizar para engañar a tan particular espécimen. De aquel sabio de pelo blanco y ojos tranquilos aprendimos a disfrutar, cuidar y respetar la naturaleza. Él fue el que nos transmitió, entre otras tantas cosas, la habilidad de la pesca con mosca. Todavía puedo escuchar cómo nos decía: «Recordad pequeños jarabugos, que pescar con mosca, es un arte de caballeros», a la vez que nos ayudaba a colocarnos los chalecos y sujetaba las bolsas de cuero vuelto con

comida y bebida que con dedicación la abuela nos había preparado. Fue un hombre singular, lleno de frases cargadas de conocimiento y experiencia, que marcó nuestras vidas. Siempre estará en nuestros pensamientos.

No podía dejar de pensar en ellas, de alguna forma era como vivir una vida paralela. Su recuerdo era una presencia que permanecía junto a cada uno de mis actos y pensamientos. Tan solo habían transcurrido unas horas desde que ocurrieron, y desde entonces, se resistían a abandonarme. Podía ver con claridad aquella secuencia de imágenes incomprensibles repitiéndose una vez más en ese preciso instante, mientras mis ojos se perdían en algún punto, cautivados por el brillo del café que se encontraba sobre la mesa de mi escritorio.

CAPÍTULO II

Un momento, algo en lo que no me había fijado antes, me hizo saltar de mi viejo sillón de piel. Volví sobre mis pasos hasta la ventana, fijo en un detalle. Al pie del lago, enmarcada por la bruma en el viejo embarcadero, había una barca que desconocía. Mi decrépito bote de pesca había desaparecido, y en su lugar, estaba esa otra embarcación de color blanco con una horrenda línea recta de color azul que rompía con el equilibrio del paisaje y hacía brotar cierta incertidumbre en mi interior.

¿De quién sería aquel feo armatoste que se mecía suavemente amarrado a mi embarcadero? ¿Cuánto tiempo llevaba atado allí? ¿Por qué Arthur no me había informado de aquella intrusión? Tal vez ni Arthur estaba al corriente. ¿Y Lucía? No me había comentado nada. Era extraño.

Después de un tiempo mirando aquella intrusa y preguntándome sobre su procedencia, decidí buscar mis prismáticos para poder echar un vistazo con más detalle.

Mientras andaba sin perder tiempo a través del corredor principal, le daba vueltas a todo aquello. La casa y el lago se disponían en un punto central rodeado por algo más de quinientas hectáreas de bosques y prados. Si nos encontrábamos aislados en el medio, ¿cómo podía haber alguien accedido al lago con esa lancha y tener la descortesía de venir hasta mi casa y dejarla amarrarla en mi embarcadero?

En ciertas ocasiones, amigos del club de pesca o pescadores de los pueblos cercanos me habían mostrado su interés por venir a probar suerte en este lago, ya que era famoso por la abundancia de peces y la

tranquilidad de sus aguas, y nunca había tenido ningún reparo, al contrario, muchas de las veces me unía a ellos y compartíamos risas y anécdotas de pesca. Pero esta vez no era nada de eso, y tengo que confesar que estaba muy molesto con aquel allanamiento.

¿Dónde estaban aquellos estúpidos prismáticos?

—¡Arthur! —grité varias veces a los muros de la entrada, mientras abría uno tras otro todos los cajones del espléndido mueble recibidor Luis XV que adquirimos en uno de los mercados de antigüedades de París.

«¿Dónde estará este hombre?», me dije mientras seguía buscando.

Arthur llevaba ya un tiempo con nosotros, era una persona bastante introvertida y un poco olvidadiza, algo que afectaba inevitablemente a su relación con Lucía. Sus horarios eran incompatibles, y cuando Arthur concluía su jornada, se retiraba a la casa del servicio sin esperar a saludar a Lucía, que siempre llegaba bastante tarde de trabajar, por lo que el contacto entre ellos era prácticamente inexistente. Había un respeto mutuo por supuesto, pero sin demasiado trato, y para ser sincero, no recordaba la última vez que los había visto hablando juntos. En cambio, yo tenía una relación más cercana por mi trabajo, pasaba más tiempo en casa y nos veíamos más a menudo. A veces, pretendía estar ocupado con alguno de mis libros mientras le observaba en silencio desarrollando sus tareas habituales, tarareando una alegre canción que nunca he llegado a reconocer. No tenía familia, o al menos que nosotros supiésemos. Era algo muy personal de lo que él nunca hablaba, y quizás por esa razón no había encontrado ni el coraje ni el momento oportuno para preguntarle. Sinceramente, temía desatar una tempestad de dolor al exponer con mis preguntas viejas heridas en el interior de aquel hombre reservado y de pocas palabras. Algo de lo que sin duda, me arrepentiría.

Le gustaba venir a las fiestas, siempre parecía más animado cuando la casa se vestía de gala. La comida, la bebida, las risas y música continuaban durante horas hasta las primeras luces del nuevo día. A menudo, le podía ver rodeado por algunos de los asistentes gastando bromas y riendo, nada que ver con la persona que trabajaba y cuidaba de la casa durante el día. Alguna vez había pensado en preguntarle a Max sobre aquel comportamiento, debería ser algún tipo de desdoble de la personalidad porque no parecían la misma persona. Tengo que admitir que, a veces, me preocupaba el hecho de que alguien pudiese ser tan diferente dependiendo de las circunstancias que le rodeaban. Si tenía algún tipo de desequilibrio, la idea de tenerlo trabajando tan cerca de nosotros no me agradaba.

Mi hermano mayor Max se había convertido en más que un notable psicólogo; durante estos años, se había unido a los más reconocidos y

prestigiosos especialistas del momento. Estoy seguro de que hubiese tenido una explicación para la conducta de Arthur. Tristemente, la vida nos había llevado por caminos muy diferentes, algo que resultó en una relación fría y distante, muy lejos de la profunda amistad y el afecto que unió a aquellos intrépidos e inseparables pescadores. Las noticias que me habían llegado de él, casi siempre, eran a través de los periódicos. Recientemente, había recogido otro galardón y estaba tratando a un enigmático paciente de la alta sociedad con algún tipo de trastorno inusual que había desbordado por completo su atención. En su entorno más cercano, hablaban de alguien conocido con el sobrenombre de Henry J.

CAPÍTULO III

Desistí en la búsqueda de mis prismáticos después de abrir sin fortuna, todos los cajones, armarios y baúles que encontré a mi paso. Arthur debía haber salido y no se encontraba en la casa en aquel momento. Perdí la cuenta de las veces que inútilmente pronuncié su nombre a las estancias de la casa sin obtener una contestación.

Cuando me disponía a salir fuera, recordé que, un tiempo atrás, Lucía me había regalado un viejo monocular. Tendría que estar por algún lado y no muy lejos. Últimamente, había investigado sobre su historia, y sorprendentemente resultó que existían pruebas suficientes para afirmar que estuvo combatiendo el 21 de octubre frente a las costas del cabo Trafalgar al lado del fallecido Horatio Nelson, en la épica batalla que enfrentó a ingleses, españoles y franceses en el año 1805. El hecho de pensar que aquel artefacto pudo haber estado en manos de un marinero tan brillante como el almirante Nelson nublaba mis sentidos y disparaba mi imaginación hasta límites imposibles. La caja que lo contenía estaba labrada en madera de nogal y presentaba un sello de cobre en la parte central donde se podía leer: “Royal Navy, London 1803”.

En su interior, estaba recubierta por un fino terciopelo de color azul nocturno muy elegante que había quedado algo magullado con el paso de los años.

«Espera un momento…», me dije a mí mismo. Estuve investigando ese catalejo hace tan solo unos días y debería estar en la biblioteca. Recordaba haber estado buscando referencias e imágenes en los libros de la época que poseíamos en nuestra colección. Tenía confianza en que con un poco de fortuna, alguno de ellos pudiera acercarme con

más precisión a las aventuras de ese monóculo durante la contienda. Fue una verdadera coincidencia que aquel artilugio de madera, metal y cristal hubiera ido a parar hasta las vitrinas de nuestro cuarto de armas.

Sin pensarlo un momento más, puse rumbo a la biblioteca, imaginando cómo los barcos se debieron batir en duelo durante aquella impresionante batalla naval. Los veía alineándose y preparando sus baterías de cañones a punto de descargar un soplo de fuego hacia sus semejantes sobre las oscuras aguas del océano Atlántico.

Llegué a la biblioteca, y desde el marco de la puerta divisé la refinada caja de madera y su broche metálico sobre una de las repisas junto a la colección de Sir Walter Scott. Abrí la caja y accedí a su contenido, levantándolo con cuidado. Simplemente, era una obra de arte, un manantial de historia que rebosaba belleza por todas partes. Los matices y los detalles hablaban de las sabias manos que lo habían creado, y cada arañazo o cicatriz que el tiempo había labrado en su carcasa narraba la historia de sus andaduras a lo largo de los años. Comencé a limpiar las lentes de mi preciado amigo cuando Arthur entró por la puerta principal. Inmediatamente, escuché su desagrado por el desorden que había dejado tras mi búsqueda. No había reparado en el efecto que cajones abiertos, papeles por doquier cubriendo el suelo, un par de baúles descubiertos y algunos cambios en la decoración que creí necesarios para hacerme paso hasta las repisas pudiesen producir en él.

A veces, pensaba que la casa era demasiado grande para que él solo la mantuviese limpia y arreglada junto con Denise, la cocinera, aunque ella solo se dedicase estrictamente a la cocina. Ellos se llevaban bastante bien y raramente discutían. Creo que la clave estaba en que ambos tenían más o menos la misma edad, rondaban los cincuenta, y las personalidades, con permiso de Max, están más o menos definidas y asentadas a esas alturas de la vida.

Sorprendentemente, Arthur volvió a abandonar la casa, creo que bastante enojado conmigo por el desastre que dejé para él. Me asomé un momento al pasillo y todo permanecía en el mismo estado en el que yo lo había dejado. Aquel hombre de pelo gris también tenía su carácter y alguna que otra vez se había marchado la casa de la misma manera. Siempre volvía unas horas después más calmado, después de dar un paseo bajo la lluvia, navegar en el lago o tras visitar la taberna de Castle Combe, seguramente después de despotricar sobre mí a alguno de los aldeanos del pueblo. Pero como diría Max: «Cada individuo desarrolla su propia vía de escape en los momentos de estrés. Y esto puede parecer mejor o peor a los ojos del terapeuta, pero si la autoterapia funciona, debe ser respetada».

Las lentes ya estaban limpias, relucían como debieron hacerlo el día en que aquel monocular vio la luz por primera vez. Era el momento de observar con más detalle al intruso.

CAPÍTULO IV

Allí estaba, aquel impostor de color blanco y su irritante raya azul. No parecía un bote de pesca, era más bien una lancha deportiva. La proa era demasiado prominente y afilada. En vez de remos, poseía una enorme carcasa blanca que hacía intuir la presencia de un potente motor localizado en el centro de la parte posterior; además, también había algún tipo de artilugio o palanca que sobresalía por detrás de aquella cubierta de protección. En la parte delantera sobre la marca azul, tenía una pequeña inscripción que era incapaz de leer, podía adivinar que se trataba de dos palabras, pero me era imposible descifrarlas en la distancia. Mi vieja barca había desaparecido, estaba seguro, no había rastro de él y eso me enfurecía mucho. Aquella colección de madera vieja y yo habíamos pasado juntos mil y una aventuras después de que mi abuelo me la regalara para mi decimocuarto cumpleaños. Él la diseñó y construyó durante siete meses, trabajó en ella noche y día hasta que estuvo lista para navegar. Era una obra de ingeniería flotante que había seguido mis pasos allá donde había ido.

Después de aquello, solo me quedaban dos opciones posibles. Una era salir fuera e inspeccionar de primera mano la embarcación, no confiaba en encontrar ningún documento que probase quién era el propietario y, al no tener ninguna numeración o referencia de la marca o el modelo, iba a ser una tarea complicada, pero aun así, era una opción. La otra sería esperar a que Arthur dejase de comportarse como un niño malcriado y, cuando regresase a la casa, le preguntaría sobre mi barca, el intruso y el paradero de mis prismáticos.

La niebla había despejado un poco, por lo que continué

escudriñando los alrededores del embarcadero mientras pensaba qué hacer. Todo parecía normal allí fuera, no estaba seguro de si se debía a mi monocular ya venido a menos con los años e incapaz de darme una imagen fiel de la realidad, o simplemente, a que todo realmente estaba como cuando regresé de mi último viaje.

Para entonces, seguía fisgoneando más por inercia que por curiosidad y pasé desde el embarcadero a través de unos centenares de árboles hasta llegar a los dos imponentes machones de piedra caliza, que, colmados de fósiles y tallados en tiempos remotos, delimitaban y daban la bienvenida en la entrada principal. Siempre me habían recordado de alguna manera a las torres del castillo de Carisbrooke, donde el rey Charles I fue encarcelado hasta que le hicieron perder la cabeza, ¡y no por amor precisamente!

Hasta esa entrada, llegaba una gigantesca masa verde de alrededor de treinta y siete hectáreas de abetos, pinos y alerces, justo antes de abrazar la casa por el flanco derecho y continuar con otras cincuenta y una hectáreas que proseguían su camino hasta perderse entre las montañas, al norte.

Prolongué mi excursión desde el acceso principal, custodiado por las dos moles de piedra, hacia el este, hasta llegar al laberinto. Adoraba aquella formación de diseño limpio y paredes perfectas. Desafortunadamente, no poseíamos ningún documento que probase el año de su construcción, pero era evidente que estaba inspirado en el laberinto de la Villa Pisani en Venecia, Italia, uno de los más complicados del mundo. La leyenda cuenta que, alrededor del 1807, el mismísimo Napoleón se perdió en él, posiblemente pensando que el Tratado de Fontainebleau sería el movimiento clave que le serviría el reino de la vecina España en bandeja. Una jugada maestra que no resultó tan extraordinaria como él hubiera deseado. Tal vez, desorientado y presa de la angustia por no encontrar una salida de aquel dédalo, no reparó en que ingleses, portugueses y españoles podrían unirse y darle la vuelta a su ingenioso plan para acabar con el conflicto y debilitar poderosamente su nombre en Europa. Aquella decisión fue desafortunada hasta el punto de que ya en su exilio, Bonaparte escribió:

«*Esta maldita guerra de España fue la causa primera de todas las desgracias de Francia. Todas las circunstancias de mis desastres se relacionan con este nudo fatal: destruyó mi autoridad moral en Europa, complicó mis dificultades, abrió una escuela a los soldados ingleses... Esta maldita guerra me ha perdido*».

Parecía ayer cuando estudiaba historia en la Universidad de Oxford. Me recordaba aprendiendo los devenires de las civilizaciones, estudiando los cambios en la sociedad, los héroes y los traidores, descifrando los rincones más oscuros del pasado... Paseando entre los

edificios y aquellas calles impregnadas con años y años de sabiduría, con mis compañeros y nuestras discusiones cargadas de fechas y datos precisos. Qué tiempos... Era doloroso pensar que de aquellos emocionantes días ya habían transcurrido muchos años.

Me sorprendió encontrar a dos personas reunidas a pocos metros del pórtico que daba acceso a la entrada principal del laberinto.

Una era Arthur, no había duda, y la otra no me resultaba familiar, pero por su complexión, estaba seguro de que se trataba de un hombre. Ambos sostenían amplios paraguas de color negro y estaban manteniendo una conversación. Debido a la distancia que nos separaba, era imposible escucharles, aunque podía apreciar el lenguaje corporal que utilizaban al comunicarse. Por lo que era capaz de intuir, parecían estar teniendo una charla poco animada pero interesante. Había pausas en su diálogo, no podía ver sus bocas, pero sus brazos y manos paraban y volvían a articular gestos después de unos segundos. Tal vez, esas pausas se debían a que los interlocutores se concedían un tiempo para pensar y contestar una pregunta, o quizás fuesen para argumentar o reflexionar sobre alguna respuesta. Era todo cuanto alcanzaba a interpretar desde mi posición.

Intentaba concentrarme en el desconocido, era algo más alto y corpulento que Arthur. Me preguntaba si aquel hombre sería el dueño del bote amarrado en mi embarcadero. ¿Era el responsable de la desaparición del mío? ¿Estaría Arthur recriminándole su acción? ¿Y si aquel extraño no tenía nada que ver con todo aquello? Entonces, ¿qué hacía allí conversando con mi mayordomo?

La desviación por la que se accedía a la mansión desde la carretera principal no era precisamente lo que podía decirse fácil de encontrar. En más de una ocasión, incluso yo, distraído mientras conducía con alguna canción o simplemente admirando el paisaje, había pasado la entrada sin darme cuenta y había continuado conduciendo durante kilómetros hasta el pueblo. Además, había una distancia considerable desde la carretera principal hasta la casa, por lo que alguien perdido en aquel carreteril se daría cuenta rápidamente de que aquella no era la ruta que deseaba seguir. Si aquel hombre vestido de negro había llegado hasta allí, era porque sabía dónde había venido, no se había perdido.

En medio de todo aquello, yo desarrollando mis teorías mientras espiaba a aquellas dos personas desde la ventana de la biblioteca, rodeado por libros de cuero cuidadosamente ordenados en estantes de madera, y ellos, enzarzados en su debate bañados por el frío de una mañana gris y desentonando en el paisaje con sus largos abrigos oscuros y sus paraguas como dos boletus de troncos raquíticos destacando en medio de una manta de neblina... El tiempo se detuvo cuando fijo en el baile de sus manos, súbitamente, estas cesaron su

frenesí y quedaron inmóviles. En un instante, habían pasado de ser avivadas y expresivas a convertirse en témpanos hielo, se habían petrificado. Estaban completamente inmóviles, como si jamás hubieran conocido algo parecido al movimiento. Ante mi sorpresa, instintivamente, elevé el monocular rápidamente hasta la altura de sus cabezas, y allí, encontré a Arthur mirando fijamente hacia mi posición.

Ahora era yo el que estaba atónito y petrificado. Y justo antes de retirarme inmediatamente hacia un rincón, escapando de su ángulo de visión, vi cómo el invitado de Arthur también giraba su cabeza lentamente buscándome en la distancia.

CAPÍTULO V

Quizás fuese una tontería, pero sentí una intensa vergüenza en aquel momento. Me aparté inmediatamente fuera de su visión, como un niño ruborizado cuando es sorprendido haciendo algo que no debía. Tal vez solo fueran unos cuantos segundos, pero en aquel momento se hicieron una eternidad.

¿Cómo era posible que me hubiesen visto? La fachada de la Georgian House tenía diecisiete ventanas, y yo me encontraba en la planta inferior, en la más alejada a su situación. Había una gran fuente en la zona central con bancos de piedra, diferentes tipos de plantas y arcos creados con arbustos entre nosotros.

¿Cómo pudo Arthur intuir que yo estaba observándolos desde la ventana? Me sentía violento por el hecho de ser el propietario y que aquellas dos personas me hubiesen sorprendido espiándoles, como si no tuviera otra cosa mejor que hacer. Tendría que hablar con Arthur cuando tuviera la ocasión, debía disculparme por aquello. ¿Y el otro hombre? También debería disculparme, le preguntaría a Arthur por sus datos y me disculparía en persona.

Estuve esperando un poco hasta que tímidamente me asomé otra vez a la ventana. La reunión había sido cancelada y disuelta, ambos miembros se alejaban en direcciones opuestas. El extraño iba decidido hacia la salida principal, mientras Arthur se acercaba a la casa cabizbajo sin entretenerse, probablemente pensando en cómo explicar todo aquello. Por suerte, ninguno reparó en que había vuelto a mi puesto de observador y los contemplaba nuevamente.

Aquel generoso paraguas negro y su portador desaparecieron para siempre una vez que cruzaron el umbral de la salida principal.

Mientras contemplaba a aquella figura evaporarse tras los muros que llegaban hasta la entrada, después de cercar la casa y sus jardines, llegué a la conclusión de que aquel hombre no tenía nada que ver con la trama del embarcadero. Estuve esperando, pero no escuché ningún motor ponerse en marcha o alejarse, por lo que comencé a pensar que tal vez el visitante podría haber dejado su vehículo en algún lugar apartado de la casa.

¿Pero con qué motivo? Todo era un poco extraño.

Tampoco escuché si Arthur había entrado de nuevo en la casa o no, no podía verle por ningún lado en el jardín.

Decidí que era el momento de terminar con todas aquellas estúpidas distracciones. Realmente, tenía cosas más importantes que hacer y todo aquello solo me estaba demorando aún más de lo que ya estaba. Debía terminar una colaboración con la Universidad de Oxford en un estudio sobre el Antiguo Egipto. Amaba el misterio que envolvía a esa extraordinaria cultura y recientemente habíamos descubierto evidencias que demostraban la existencia de nueve dinastías anteriores a Narmer, también conocido como Menes, el primer faraón del Antiguo Egipto y fundador de la Dinastía I, cerca del 3150 a. C.

Deposité el monóculo de vuelta en su hermosa caja, era la primera vez que lo había utilizado para desempeñar la función para la cual había sido creado, y de alguna manera, estaba orgulloso de que no fuese tan solo otro adorno más en una de las vitrinas de la casa.

Salí de la biblioteca sin saber muy bien qué debía hacer, si continuar con mi estudio sobre las dinastías egipcias y permanecer entre mis libros el resto del día, o buscar a Arthur y terminar con las ridículas incógnitas de aquella mañana.

Anduve a lo largo del pasillo del ala oeste buscando a un lado y a otro en las habitaciones por las que pasaba sin saber realmente qué pretendía encontrar. De ellas se desprendía un ensordecedor silencio, el aire contenido en aquella atmósfera parecía ser incluso más denso e imposible de respirar. Los muebles, cuadros, lámparas, mesas, sillas, vivían atrapados y ansiosos en una angustiosa espera por ser presa de alguna actividad.

Llegué hasta a las dos habitaciones junto a la entrada donde había estado buscando mis prismáticos, una era una pequeña sala que utilizaba para reuniones rápidas cuando los asuntos eran de poca importancia. Estaba chapada con láminas de madera de roble español, donde colgaban varios cuadros de antiguos propietarios de la mansión que habíamos mantenido por respeto a la historia de la casa. También había una chimenea labrada en piedra que solía estar siempre encendida y una amplia mesa de despacho con tres sillones; sobre el suelo, una alfombra persa con delicados detalles que se extendía a lo largo de toda la estancia.

En la otra sala, en el lado opuesto, poseíamos una colección de armas antiguas que se fundía elegantemente con la decoración, gracias a una cuidadosa iluminación. Es sorprendente el efecto que se puede conseguir variando los ángulos de incidencia de la luz y un poco de imaginación. Había tres urnas de cristal en la zona central de la habitación que estaban soportadas individualmente por columnas de madera talladas y barnizadas en un refinado estilo inglés clásico. Cada una de aquellas cajas transparentes se encontraba iluminada en su interior y protegía con celo uno de los tres majestuosos cascos de combate antiguos que se exhibían.

El más alejado destacaba por su brillo plateado y su particular diseño, era un capacete morrión de acero español cuidadosamente ornamentado, original de la ilustre fábrica de Calatayud, en Zaragoza, España. Los morriones fueron un tipo de casco que utilizaron los ejércitos conquistadores españoles de los siglos XVI y XVII, destacaban por poseer una cresta metálica muy afilada que además de proteger al soldado y servir de arma en algunas ocasiones, tenía la curiosa misión de aterrorizar al enemigo haciendo al guerrero que lo portaba más alto y fornido. Los conquistadores españoles fueron los primeros colonizadores que desembarcaron en América durante la era de los descubrimientos, después de la llegada de Cristóbal Colón en 1492. Este lo habíamos adquirido en un mercadillo callejero en la conocida calle de Portobello Road, en Londres. Presentaba un relieve con una escena de batalla y algún desperfecto probablemente debido al uso. Al adquirirlo, el anticuario amablemente nos obsequió con una pequeña investigación de algunas hojas que él mismo había realizado durante varios años. En esas hojas, él concluía que aquel capacete podría haber sido un regalo de don Diego Velázquez de Cuéllar, primer gobernador de Cuba, a Hernán Cortés, en su nombramiento como capitán general de la Armada, allá por el 1518. Algo que intenté contrastar después de adquirirlo durante algunas semanas, y que desafortunadamente, me fue imposible verificar con garantías. Descifrar aquel enigma llevaba ya un tiempo en mi agenda, pero últimamente tenía todo un poco apartado a un segundo plano, porque estaba totalmente centrado en mi estudio con la Universidad de Oxford.

La siguiente urna en orden exhibía un hermoso casco corintio. Era el resultado de una cuidadosa aleación de cobre y estaño que, en su viaje a lo largo de los años, había envejecido en compañía de aire húmedo y anhídrido carbónico. En aquellas circunstancias, la química obró su milagro y el resultado fue que la superficie del mismo se cubrió con una capa de sulfato de color verde azulado. Aquella película de sulfato había hecho desaparecer el color natural del bronce que mudó la piel a una mezcla de verde esmeralda y azul turquesa que

le daba un aspecto misterioso y un tanto sobrenatural. Yo lo había apodado con el sobrenombre de «Casco de los dioses» y, por supuesto, estaba orgulloso de poseerlo. Estaba datado alrededor del 398 a. C. y presentaba un peculiar detalle dorado alrededor de todo su contorno, en el que destacaba una secuencia de semiesferas en relieve alineadas una tras otra, y en el borde exterior a estas semiesferas, una greca, líneas espléndidamente definidas formando esos ángulos rectos tan característicos de la cultura griega.

Los corintios fueron un antiguo pueblo griego que habitó en Corinto, un importante puerto situado en el istmo homónimo, una ubicación perfecta desde el punto de vista estratégico, ya que unía la península del Peloponeso con el continente europeo y, a la vez, se asentaba a medio camino entre las importantes ciudades de Atenas y Esparta.

Lo adquirimos en una pequeña tienda de antigüedades perdida en una de las interminables calles del Gran Bazar en Estambul, había cientos de objetos cubiertos por el polvo apilados por los rincones y sobre raquíticas estanterías. Muchos de ellos eran reproducciones perfectas que podían confundir hasta el más prudente de los entendidos, pero, en aquel desorden, milagrosamente también se refugiaban increíbles tesoros esperando a ser devueltos a los días de gloria a los que pertenecían. El proceso de compra era, sin lugar a dudas, más que particular. El vendedor le echaba una mirada rápida mientras sostenía el artículo, girándolo de un lado a otro a la vez que meditaba su valor; en cuestión de unos pocos segundos, la decisión era tomada y su precio dispuesto. En la mayoría de las ocasiones, aquellas piezas de imitación eran sobreestimadas, y las originales seriamente infravaloradas cuando hablamos de auténticos tesoros, piezas que encajaban a la perfección en el puzle de la historia de la humanidad. Por la fecha de datación, mi «Casco de los dioses» podía haber estado envuelto en la guerra de Corinto, entre Esparta y una coalición constituida por las ciudades de Tebas, Atenas, Corinto y Argos entre los años 395 y 386 a. C., aunque no estaba contrastado, y, como el morrión español, engordaba mi lista de enigmas sin resolver pospuestos para el futuro.

A continuación, la tercera y última urna contenía un yelmo de caballería templario. Siempre había tenido un interés especial por la Orden de los pobres Caballeros de Cristo y las leyendas que les habían envuelto desde su fundación en 1118. Era tan grande mi admiración por los caballeros del Templo de Salomón que incluso en Lucía había germinado cierta fascinación por la Orden. Aquel imponente casco de caballería llegó hasta nosotros misteriosamente, no pudo ser de otra manera, como todo lo que siempre rodeó a la Orden.

Recordaba aquella noche como si hubiera sido el día anterior. Todo

comenzó cuando el señor Blake supo de mi entusiasmo en lo relacionado con los templarios, a través de una conversación que mantuvo con Lucía en una de las revisiones al final de su tratamiento. Blake se había recuperado satisfactoriamente después de que una porción en su cuerpo decidiera extenderse y rebelarse sin ninguna compasión contra él. Había recorrido sin suerte los hospitales más famosos de Europa cuando fue referido a la atención de Lucía. Blake era un ilustre arquitecto y una autoridad reconocida dentro de la masonería, miembro honorífico de la poderosa logia de Londres. Una noche, mientras cenábamos en Broadway, Lucía me habló de aquel enigmático paciente y de algunos de los detalles de la conversación que mantuvieron en aquella cita tras la cirugía en la que Blake tuvo conocimiento de nuestro vínculo común. En gratitud a los esfuerzos y la dedicación con la que el equipo de especialistas y Lucía a la cabeza le obsequiaron durante el tiempo que tardó en recuperar la salud, aquel hombre hizo una importante donación a la fundación de Lucía, apoyando el estudio que ella estaba desarrollando en la lucha contra el cáncer y solicitó una reunión con nosotros en nuestra casa, ya que la residencia Blake, aparentemente, estaba experimentando un profundo proceso de remodelación. La excusa que alegó fue su deseo por conocerme y disfrutar de nuestra compañía durante una velada. Blake estaba inmensamente agradecido a Lucía y también muy ilusionado con la idea de poder compartir la intensa pasión que ambos poseíamos sobre la Orden del Temple.

Tengo que confesar que me sentí atraído por la idea tan pronto como salió de los labios de Lucía. El señor Blake, con su posición en la logia, seguramente tendría acceso a datos que solo a un grupo muy reducido de personas se les estaba permitido acceder. No esperaba que fuera a iluminarme con un torrente de información secreta, no sería tan estúpido, pero quizás, a lo largo de nuestra conversación, algún detalle podría escapar a la prisión de su lealtad a la organización y darme otro enfoque con el que poder replantearme un enigma que había permanecido incierto durante cientos de años.

A Lucía, en un principio, no le agradó mucho la idea de que un paciente conociese la ubicación de nuestra residencia. Era una regla que había seguido a ultranza desde que comenzó a trabajar y no estaba dispuesta a sacrificarla después de tantos años. Para ella, había una línea claramente definida que separaba la vida personal del ámbito profesional, y jamás debía ser cruzada. Me costó más de una súplica con cena romántica incluida, postre de diamantes y un par de viajes organizados para convencerla. Entendía perfectamente su punto de vista, y me agradaba que fuese así, pero el señor Blake con su posición y dispuesto a saltar, dar un doble bucle mortal y profundizar en un tema tan enigmático como el de los caballeros templarios con lo

que significaba para mí, bien valía la excepción y todos mis esfuerzos para hacerlo realidad.

Acordamos el día y la hora de nuestro encuentro, Lucía se presentó voluntaria para preparar la cena, quería sorprenderme con algo diferente en una noche tan especial para mí. Arthur no estaba, tampoco le hubiésemos necesitado entrando y saliendo de la biblioteca cuando tratábamos un tema como el que nos traíamos entre manos.

Y como el atardecer al final del día, aquel viernes por la noche finalmente llegó. Había estado contando todas y cada una de las horas que el tiempo había labrado en su camino hasta concebir aquel momento. Por primera vez en muchos años, volvía a estar nervioso.

CAPÍTULO VI

Las luces se aproximaban centelleando entre los árboles del bosque, sentí cómo mi pulso se estremecía súbitamente cuando advertí que no uno, sino dos coches se aproximaban a través de la serpenteante carretera que accedía a la entrada principal. Durante esos pocos minutos que tuve hasta que aquellos dos coches pasaron el umbral de la entrada principal, custodiada por las dos moles de piedra, empecé a reflexionar profundamente sobre la situación en la que me encontraba.

Aquella reunión. ¿Había sido realmente una buena idea? Pensándolo fríamente, Blake podía tener otras intenciones totalmente diferentes a las que en un principio habíamos acordado.

¿Por qué otro coche? Si traía acompañantes, ¿por qué no nos había informado? ¿Qué clase de conversación íbamos a tener con más invitados en la casa? ¿Cuál era el motivo de ese segundo coche? Comencé a dudar que el señor Blake estuviese en uno de esos dos coches que se aproximaban decididos en su objetivo. Mil y una posibilidades se enmarañaban en mi cabeza mientras los observaba acercándose y consumían el poco tiempo de respuesta del que disponía.

No quería asustar a Lucía, no podía confesarle ninguna de todas aquellas preocupaciones que me abordaron repentinamente. Sin duda, ella era lo más importante, y si esos individuos venían con otras intenciones, no sabía cómo, pero me las arreglaría para encargarme de ellos. Nada me importaba más que ella y su seguridad.

Aunque en mi interior era un mar de incertidumbres sin respuesta, decidí actuar con normalidad; si Lucía veía que me comportaba con naturalidad no se preocuparía. Mientras me apresuraba bajando las

escaleras hasta el vestíbulo, pensaba en las veces que ella me había rogado no quebrantar su regla en cuanto a la vida personal y los pacientes, y que gracias a mi interés ciego, ambos podríamos estar en peligro. Si algo desagradable pasaba aquella noche, yo no me lo perdonaría jamás.

Llegué al vestíbulo y pensé en ir a la biblioteca y añadir algo más de madera al fuego para que la habitación se mantuviese caldeada, al menos hasta que nuestra reunión tuviese lugar. Después, haría una visita a la cocinera mientras el invitado y su séquito terminaban de recorrer el trecho hasta el porche de entrada.

Me di prisa en añadir dos leños gruesos de madera de fresno, muy común en la isla inglesa, que serían más que suficientes para mantener las llamas satisfechas durante algunas horas. Salí al pasillo, y sin perder un instante, me encaminé hacia la cocina donde Lucía, ajena a todo, estaría disfrutando de la compañía de sus libros de cocina y una copa de agradable vino tinto español. Atravesé casi corriendo el ala oeste, después el vestíbulo y comencé el ala este. Nada más dejar atrás el salón de baile, aminoré el paso y controlé mi respiración hasta que llegué a la cocina. Me detuve en el umbral y observé a Lucía unos segundos en silencio. Allí estaba mi ángel de pelo largo y oscuro, ojos verdes y piel morena, sosteniendo con su mano izquierda un libro abierto hacia la mitad, a la vez que la otra le acercaba una copa de vino hacia sus labios mientras estos se posaban suavemente sobre el vidrio y aquel líquido rubí intenso se deslizaba y se perdía en su boca. Tenía una mancha de harina en la mejilla, que, junto al delicioso olor de lo que se cocinaba en el horno, era la evidencia de las batallas que en aquella cocina se habían librado durante mi ausencia.

Llevaba puestos unos pantalones vaqueros que vestían sus largas y atléticas piernas, y un jersey negro de punto y cuello alto confeccionado en lana de alpaca escocesa. Le encantaban ese tipo de jerséis, era feliz con ellos, y siempre llevaba una o dos tallas más grandes, que no disimulaban ni un ápice sus medidas perfectas. Una combinación con un toque *sexy* y al mismo tiempo informal, que a mí tanto me atraía.

No sé cuánto tiempo estuve contemplando a aquella criatura perfecta, el tiempo se paraba cuando mis ojos se encontraban con Lucía, era como adentrarse en un túnel de espacio tiempo sin saber si existía una salida al final.

No me di cuenta de cuándo, pero en algún momento ella apartó sus ojos de aquel libro de cocina y me miró, después sonrió y me preguntó.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—No el suficiente —le contesté.

Ella se rio y volvió a preguntarme mientras la resaca de su risa

hacía dibujar una nueva sonrisa en su rostro.

—¿Tienes hambre?

—No mucho —contesté—, aunque me muero por probar lo que escondes en el horno —añadí.

Ella volvió a reír y me contestó:

—Para eso, aún tendrás que esperar a que llegue nuestro invitado. —Mientras, me guiñaba un ojo y reía otra vez.

CAPÍTULO VII

Un estruendo me despertó de aquellos recuerdos; tuve la misma sensación que se siente cuando algo interrumpe súbitamente un agradable sueño en medio de la noche.

Lo describí como un sonido fuerte y seco procedente de algún lugar en la planta superior. Mi reacción inicial fue quedarme inmóvil unos segundos, esperando a escucharlo una segunda vez. Si volvía a ocurrir, estaría alerta y sería capaz de identificarlo y localizarlo más fácilmente. Esperé durante un tiempo, pero no ocurrió nada, todo había vuelo a la calma y el silencio reinaba otra vez en la casa con su habitual autoridad.

Decidí subir y asegurarme de que todo estaba en orden. A veces, en casas antiguas como esta, construidas con una gran cantidad de madera, y especialmente las vigas de soporte principal, es conocido que con las variaciones de temperatura se producen cambios en el volumen del material. Dilataciones y contracciones que resultan en esos crujidos tan característicos de la madera, que podrían haber sido la explicación al ruido que acababa de escuchar.

Accedí a la planta superior y me detuve en el corredor, miré a ambos lados y todo parecía estar como de costumbre. A continuación, anduve a lo largo del pasillo en el ala oeste, sobre la zona donde me encontraba cuando lo escuché desde el piso inferior, inspeccionando con la mirada lo que había a mi alrededor. Me llamó la atención que las puertas de las habitaciones estuvieran cerradas, algo que me contrariaba bastante, porque me gustaba aprovechar toda la luz que los días ingleses nos pudieran proporcionar. Cuando las puertas permanecían cerradas, el pasillo tenía un aspecto tétrico y sombrío,

como si la casa estuviese cerrada y abandonada a la voluntad del tiempo, una sensación que rechazaba desde lo más profundo de mi ser.

Cuando compramos la casa, Lucía y yo estábamos muy ilusionados, era un gran proyecto lleno de historia y posibilidades con el que nos comprometimos, pero tardamos muy poco en darnos cuenta de que el cuento de hadas era bastante más frío de lo que nunca hubiésemos podido imaginar. Los techos altos, el número de habitaciones, las ventanas antiguas con su encanto y su pobre sellado, las puertas de madera talladas a mano con sus perfectas imperfecciones que las hacían tan especiales, el defectuoso aislamiento del desván… Era una lista interminable de inconvenientes que se apilaban a la hora de mantener la casa con una temperatura confortable. Por esa razón, decidimos mantener las puertas abiertas durante el día y cerrarlas al anochecer, con el objetivo de aumentar la temperatura del edificio durante la noche cuando las temperaturas son más bajas. No entendí por qué estaban cerradas aquella mañana. ¿Qué le pasaba al servicio de aquella casa? ¿Cuál era el problema de Arthur? ¿Se había cansado de sus tareas? Desde el comienzo de aquel día, la lista de recriminaciones incrementaba por segundos. ¿Qué iba a hacer con mi mayordomo? ¿Era la hora de remplazarle? Quizás hacía tiempo que debía haberse jubilado, pero le daba vergüenza reconocerlo; estoy seguro de que era algo que, después de tantos años de trabajo, no era fácil de aceptar.

Tendría que hablar con Lucía cuando volviese del hospital y decidir cómo abordar el problema de Arthur; aquel hombre se había ganado un merecido descanso. Lo cierto es que había ciertas cosas que estaban cruzando el límite de lo aceptable y debían ser corregidas antes de que aquello se convirtiese en un absoluto desastre. Respetaba mucho a Arthur y su trabajo, pero a aquellas alturas era necesario un toque de atención.

Todo parecía estar en su sitio, los muebles permanecían apoyados sobre la pared, los cuadros, las lámparas, la alfombra que recorría todo el pasillo de un extremo a otro, las vitrinas y los objetos que descansaban en ellas... Todo estaba en su sitio. Continué avanzando a través del corredor y cuando estaba a punto de llegar a las últimas habitaciones junto a la pared que ponía fin al ala oeste, escuché otro ruido. Era diferente al que me hizo subir a investigar, este era más bien como el sonido que haría una canica corriendo sobre un suelo de madera. Duró unos segundos y se detuvo. Provenía de las habitaciones cercanas a la escalera, estaba seguro. Comencé a abrir todas las puertas e inmediatamente la luz de aquel día gris inundó el pasillo tras mis pasos. Llegué hasta las dos habitaciones junto a las escaleras, la que poseía la ventana en la fachada posterior de la casa, era una

habitación para invitados. Abrí la puerta y miré en su interior sin pasar dentro. En el medio, se encontraba la cama de tres piezas con el marco de madera y tapizada en lino gris oscuro, que, combinando con la ropa de cama blanca y varias almohadas apoyadas sobre el cabecero, proporcionaban un toque acogedor. A ambos lados, acompañándola, dos mesillas de madera, y sobre ellas, dos lámparas que salían de la pared. En el suelo, a ambos lados de la cama, dos alfombras de lana de cordero blancas. Enfrente, la ventana con vistas al bosque en su camino hasta las montañas que aparecían a lo lejos. A mi izquierda, un elegante espejo sobre una cómoda con cuatro amplios cajones y un armario que llegaba hasta la pared cerca de la ventana. Todos los muebles de aquella habitación eran del mismo estilo francés, Lucía los adquirió en una subasta, no sin luchar antes contra un comprador chino que pujaba como loco desde su lejano país a través de su enviado en Bakewell.

No pude ver nada fuera de lo normal, y después de un tiempo inspeccionando, abandoné la búsqueda en aquella habitación y me dirigí a la otra. Fuera lo que fuese lo que produjo aquel ruido, tenía que estar allí. Aquella habitación se encontraba justo encima de mi despacho para reuniones rápidas y era un estudio de diseño. El padre de Lucía era arquitecto, y aquellas estanterías llenas de libros, junto con las mesas de diseño, pertenecieron un día al estudio que él poseía en Madrid. Lucía les tenía un cariño especial, porque era como si una parte de su padre viviese con nosotros, y de algún modo, eso hacía que la distancia que nos separaba con ellos fuese algo más corta.

Nada más abrir la puerta, las cortinas a ambos lados de la ventana hicieron un amago de echar a volar. Sobre el suelo, una vasija de cobre rodó sobre su cuello, desplazándose hacia un lado, emitiendo aquel ruido que pocos minutos antes me había recordado a una canica rodando sobre la madera. Incomprensiblemente, la ventana estaba abierta. No lo pensé mucho y me apresuré a cerrarla. No quería ni imaginar lo enfadada que se pondría Lucía si se enteraba de que aquella ventana había estado abierta en un día de niebla tan húmedo como aquel, con los efectos devastadores que eso tendría sobre los libros de arquitectura de su padre. Cerré la media ventana y la aseguré. Recogí la vasija del suelo, y cuando la estaba colocando de vuelta a su posición original sobre la repisa de la ventana, recibí una especie de *flash*, como un recuerdo fugaz de una vivencia pasada o de una premonición del futuro que no duró más de media décima de segundo. En esa pequeña fracción de tiempo, pude ver con claridad cómo colocaba aquella vasija de vuelta en el mismo lugar pero en otro momento, en diferentes circunstancias, rodeado de oscuridad, tal vez en medio de la noche.

No recordaba haber recogido aquella vasija del suelo

anteriormente, y aún menos en medio de la noche. ¿Acaso era sonámbulo? Pero en ese caso tendría que haber sido consciente de mis actos, no tenía sentido. ¿Y entonces? ¿Sería realmente algún tipo de premonición?

No le di demasiada importancia y me dispuse a abandonar la habitación, no sin antes detenerme para mirar a través de la ventana. Allí fuera esperaba impasible, en mi embarcadero y ajena a todo, la perpetua intrusa.

Resuelto el misterio del estruendo y las canicas rodando, regresé a la planta inferior y me dirigí hacia la cocina, en el ala este.

Al final de la cocina, había unos amplios ventanales con vistas al bosque y una puerta que daba acceso a la parte posterior de la casa, concretamente a un pequeño patio que conectaba con la casa del servicio donde Arthur y Denise convivían.

Cuando llegué a la cocina, Denise estaba de espaldas pegada al teléfono, hablando sin parar mientras preparaba algo. Cuando la saludé y le di los buenos días, ella levantó la mano derecha para devolverme el saludo y continuó con su tarea y la conversación. Denise pasaba prácticamente las veinticuatro horas del día pegada al teléfono; siempre había alguien con quién y de qué hablar. Lo cierto es que no nos importaba, mientras que siguiese cocinando tan bien; de hecho, muchas veces pensaba:

«Mejor así, entretenida con el teléfono, que tenerla todo el día pegada a mi lado contándome los episodios de las vidas de sus hijas o los disgustos que le daba su marido cuando salía con sus amigos del pueblo y bebían más de la cuenta».

Atravesé la cocina y salí al exterior. Desde allí advertí unas herramientas de jardinería apoyadas junto a la puerta de entrada de la casa del servicio. Arthur estaría cambiándose antes de empezar con algún trabajo en el jardín. Me acerqué hasta la entrada y golpeé la puerta varias veces; después esperé un poco, pero no hubo ninguna respuesta. Volví a insistir en mi afán por hacer notar mi presencia con otra ráfaga más vigorosa sobre la madera maciza, pero tampoco hubo contestación desde el interior. Dudé un momento si debía entrar o no, porque la realidad era que aquella casita pertenecía al servicio mientras aquellas personas trabajasen para nosotros. Era un tipo de acuerdo de alquiler con validez durante el tiempo que su contrato permaneciese en vigor; por ello, a los ojos de la ley, lo que estaba a punto de hacer era el allanamiento de una propiedad privada.

De todas formas, pasé dentro, ya eran muchos años de servicio y esperaba que a Arthur no le importase mucho. Dejaría las recriminaciones para después, solo quería preguntarle sobre el hombre que había visto por la mañana y mi bote de pesca, dejaría lo de la ventana abierta en el estudio de diseño, las puertas del piso superior

cerradas y la jubilación para más tarde.

La casa del servicio era una imitación de la principal a escala reducida, el mismo carácter y los mismos materiales, pero de menor tamaño. El vestíbulo era muy pequeño, tenía forma de aspa y se abría rápidamente hacia la derecha a la cocina, de frente a un comedor y a la izquierda a un salón. Después de atravesar el salón, se encontraban las escaleras de madera que daban acceso a las habitaciones del piso superior.

Empecé buscando en la cocina, pero estaba vacía, después fui al comedor y obtuve el mismo resultado, y del comedor pasé al salón, pero Arthur tampoco estaba allí. Pensé que subir a las habitaciones sería traspasar el límite de la privacidad hasta un punto de no retorno, sería algo imperdonable por mi parte y Lucía se quedaría en estado de *shock* al saber de ello, no lo aprobaría incluso con la más razonable de las excusas. Me senté en el sofá, y cuando llevaba un rato recostado entretenido con la disposición de los paneles blancos del techo y las vigas de madera, escuché el sonido de varias pisadas que fueron inmediatamente seguidas por el del agua de la ducha corriendo. Estuve allí sentado esperando un tiempo hasta que decidí volver a la casa, me estaba entreteniendo con cosas pequeñas cuando mi estudio de Oxford esperaba y esperaba. Me levanté y cerré la puerta al salir de la casa, no creo que nadie notase que había estado allí, a no ser que Denise me hubiera visto entrar y después se lo dijese a Arthur, aunque confiaba plenamente en que las apasionadas conversaciones telefónicas la hubiesen distraído lo suficiente para no haberme visto. Llegué a la cocina, Denise había terminado de cocinar y las fuentes ya estaban listas sobre la mesa circular situada en el centro de la sala, preparadas para que su contenido fuera servido. Junto a ellas, una bandeja de plata con dos platos de porcelana, uno hondo y otro plano perfectamente colocados uno sobre otro, los cubiertos enrollados en una servilleta de tela blanca, un panecillo en una esquina también envuelto, pero con una servilleta de menor tamaño, y dos copas de cristal en la esquina contraria, a la derecha.

Normalmente, y como en aquella ocasión, ella terminaba de cocinar casi siempre a la misma hora y dejaba todo preparado para mí. Raramente comía en el comedor, una mesa para veinte comensales ocupada solo por mí era una imagen ridícula, y normalmente comía en esa mesa de la cocina o, si estaba enzarzado con algo, en la biblioteca. Las cenas, ya con Lucía, eran totalmente diferentes.

Aunque no tenía hambre, sentí el deber de al menos, probar algo como muestra de respeto hacia la cocinera. Levanté las tapas de los recipientes, Denise había preparado un consomé de primero, y un guiso de ternera con guarnición de segundo. Aquella comida tenía un aspecto maravilloso, y de sobra para satisfacer a dos o tres personas,

pero no me atraía nada, no tenía ningún hambre. De hecho, me pregunté si estaría enfermo o incubando algo, porque yo era de ese tipo de persona que sabía disfrutar de un buen manjar. No me enorgulleció lo que hice, y más si cabe cuando no era la primera vez, pero era por el bien de todos. Me serví un poco del humeante consomé en el plato hondo; una vez servido, moví el plato lentamente con el mismo movimiento con el que los *cowboys* del lejano Oeste buscaban pepitas de oro filtrando las aguas junto con los sedimentos del fondo de los ríos, cuando arriesgaban sus vidas invadiendo las inhóspitas tierras de unos indios enfurecidos. Una vez que terminé, el plato daba la sensación que había sido colmado de estupendo consomé y que me había sido imposible acabar del todo. Dejé el plato hondo a un lado y me dispuse a desarrollar la farsa con el segundo. Pesqué dos trozos pequeños de carne y me aseguré de que trajesen una cantidad considerable de salsa al plato llano; una vez sobre el plato, me ayudé con el tenedor para extender la salsa, el toque final era poner algunos guisantes aquí y allí con un poco de puré de patata y un trozo pequeño de brócoli. Dejé el trozo de pan sin tocar, a veces tenía temporadas en las que no comía nada de pan, así que no sería un problema. Me cercioré de que los cubiertos se habían manchado con la comida y serví un poco de agua en la copa, dejando la del vino vacía. Coloqué el plato hondo sobre el llano y moví la bandeja girándola hacia la izquierda para que pareciese que había comido en otra habitación y había traído la bandeja de vuelta después de terminar.

El engaño había sido completado, y en mi cara, se esbozaba una sonrisa de pillo satisfecho. A veces tenía comportamientos de niño pequeño, Lucía me lo decía muchas veces y aquello era un claro ejemplo. ¿Pero, quién querría a Denise malinterpretando mi desgana por comer y preocupada pensando que no me gustaba su comida? ¿Cuántas horas de conversación telefónica daría de sí aquello? Y si le decía que no quería comer porque estaba enfermo, me perseguiría a todas partes con infusiones y otros brebajes como hacía con Arthur. Era adorable que Denise se preocupase tanto por nosotros, pero prefería la argucia de los platos, era más divertido.

CAPÍTULO VIII

Regresé a la biblioteca y me senté en el sillón del escritorio. Comencé a ordenar los papeles que poblaban la mesa, a la vez que organizaba en mi cabeza las ideas principales de aquel estudio de colaboración sobre las nueve dinastías pérdidas.

Una vez que desempolvé mi memoria, repasando los documentos y la información que había recabado anteriormente, me levanté y extraje dos volúmenes de historia y cultura egipcia de una de las repisas inferiores. En ellos conservaba algunas de las fotografías que tomé en el templo de Dendera, donde había algunas inscripciones bastante interesantes que podían corroborar y dar más peso a nuestro hallazgo. Me senté de vuelta en mi escritorio, saqué todas las fotografías que habían permanecido invernando durante años entre las hojas de aquellos libros y empecé a examinarlas detalladamente. Después de un minucioso estudio visual, me recosté en el sillón, dando vueltas a las inscripciones y relieves que había visto en aquellas fotos en blanco y negro. Quería encontrar la manera de presentar y justificar mi teoría ante mis colegas y expertos de Oxford, de tal forma que mis conclusiones fueran rotundas, tan contundentes que no dejasen margen para la duda. Todos los asistentes debían quedar totalmente complacidos y entusiasmados con la resolución; si había alguna grieta en el estudio, por pequeña que fuese, tenía la absoluta certeza de que la encontrarían y me harían pagar por ello. En Oxford, la línea entre el éxito y el fracaso era demasiado estrecha.

Después de un tiempo divagando sobre mis averiguaciones e imaginando mi exposición en el centro de reuniones de la universidad, mi mirada bajó desde el techo y fue a perderse en los libros que

descansaban sobre las estanterías frente al escritorio. Eran simplemente hermosos, todos formaban parte de aquella selecta familia que habitaba nuestra biblioteca. Guiados por el destino, cada uno de ellos había recorrido un largo camino hasta llegar a nosotros. Eran volúmenes y volúmenes repletos de sabiduría y conocimiento recopilado por la humanidad a lo largo de los siglos. Protegidos por el cuero, y decididos con paso seguro, se dirigían rumbo la eternidad hablando de su historia y de la de todos a la vez. No había sido una aventura fácil encontrarlos, y por ello, éramos tan afortunados de poder disfrutar de ellos. Y mientras, contemplaba los colores de los lomos de aquellos libros, experimentando la magia que los envolvía. Como mariposas nacidas entre ellos, danzando al ritmo de una sinfonía con su impredecible aleteo, volvieron una vez más, las imágenes de aquel sueño perturbador.

Desde que me levanté aquella mañana, me habían estado torturando sin cesar. Nublaban completamente mi pensamiento y silenciaban mis ideas. Solo había sido capaz de evadirme de ellas cuando había estado entretenido con los descuidos de Arthur, mis prismáticos perdidos o el destino incierto de mi barca de pesca. De no haber sido por aquellas distracciones, no me las hubiera podido quitar de la cabeza y me hubieran seguido martilleando sin compasión una y otra vez.

Fue un sueño inusual, sin duda, y a mi modo de ver estaba dividido en tres partes claramente diferenciadas. El hecho de que fuese tan diferente había atraído profundamente mi atención, y especialmente porque algunas de las secuencias eran dolorosamente angustiosas.

Comenzaba con algunas imágenes, *flashes* de Lucía trabajando con su bata blanca, riendo con sus compañeros del hospital, durante una cirugía, hablando con los familiares de un paciente... Y al final de esa serie, ella aparecía sola, tumbada sobre una cama de hospital cubierta con una sabana hasta la cintura, con los ojos cerrados y rodeada por máquinas desconectadas.

Odiaba aquel sueño solo por aquella última imagen de Lucía. Recuerdo que sentí un intenso dolor mientras lo soñaba, pero no había tiempo para nada, el sueño proseguía y las secuencias continuaban sucediéndose. En las siguientes imágenes, aparecíamos Lucía y yo andando a través de los jardines de la casa. Reconocí los alrededores con facilidad. Reíamos cogidos de la mano, yo colocaba una margarita en su pelo mientras ella sonreía y me acariciaba la cara, yo la besaba, sentados en uno de los bancos de piedra del laberinto... Y al final, bajo el porche de la entrada, durante la noche y a la luz del farol que colgaba tras ellos, el perfil de dos personas vestidas con unas túnicas o algún tipo de gabardina o abrigo largo. No podía ver sus cuerpos o sus caras, sus siluetas quedaban en la sombra. También, a sus espaldas, se

podía apreciar el brillo de la pintura negra de un vehículo.

La última parte del sueño era la más inquietante. En ella, yo corría por un pasillo, buscaba desesperado algo en las habitaciones. Después, me encontraba en silencio, mientras observaba fijamente algo en la oscuridad. Lucía lloraba desconsolada, nos alejábamos de la mansión a toda velocidad en la oscuridad de la noche… Y al final, yo me encontraba suspendido en algún tipo de cavidad a oscuras.

Aquel sueño me entristecía y a la vez me intrigaba. ¿Por qué mi mente había sido tan cruel de generar aquella colección de imágenes tan perturbadoras? Unas eran felices, y otras, tan dolorosas y desconcertantes.

Últimamente, había tenido varios sueños un poco extraños, pero más sencillos de entender; no era experto en interpretación de sueños, pero en alguna ocasión había curioseado más de un libro sobre el tema y lo encontraba fascinante. El primero que me venía a la memoria era uno en el que salía de pesca en mitad de la noche con mi antigua barca sin remos ni cañas, o también recordaba haber soñado ver a Arthur y Denise durmiendo en la misma cama abrazados en la oscuridad, o incluso aquel tan extraño en el que algunos árboles del bosque ardían envueltos en llamas durante la noche cuando un manto de escarcha cubría el suelo y reflejaba la luz de la luna llena. Después de dedicar un tiempo y darles algunas vueltas, había llegado a varias conclusiones de las que no tenía ninguna certeza, pero tenían cierto sentido a mi modo de ver. En el caso del primero, saliendo a pescar sin remos y cañas de pesca, supuse que podría ser que estuviese preocupado por el estudio de Oxford. ¿Me dirigía a una meta incierta sin las herramientas adecuadas? ¿Estaba avanzando en la dirección correcta? Era una posible explicación.

Para el sueño de Arthur y Denise, pensé que quizás representaba la unión necesaria para llegar con éxito a una meta o un objetivo, como era para ellos hacer posible el normal funcionamiento de aquella casa. Ellos eran un motor perfectamente engrasado que lograba que todo carburase en aquella inmensa casa. Sonaba convincente, y también lo veía ligado en cierta manera a mi trabajo de las dinastías. Necesitaba ser firme y seguir adelante. Tenía que ser como ese motor, constante.

Y sobre el sueño de los árboles en llamas, pensé que podría ser alguna clase de alegoría del tipo de que no había nada imposible. En el frío de una gélida noche de cielo abierto y luna llena, la luz de las llamas de los árboles encendidos y el suelo brillante cubierto de escarcha. También lo relacionaba con la colaboración de Oxford; quizás estuviese más preocupado de lo que yo creía en planos más profundos de mi interior. La noche, la escarcha y el frío eran mi seguridad por los descubrimientos conseguidos, y los árboles quemándose en medio de aquello representaban la posibilidad de no

tener todo tan bajo control como yo creía; podía fracasar. También pensé que podría tratarse de algún tipo advertencia, como: no descartes ningún dato por inverosímil o fuera de contexto que pueda parecer, porque es posible.

Claramente, todos ellos estaban influenciados por la responsabilidad que conllevaba hacer un descubrimiento como el que hicimos y exponerlo al mundo. Ese fue el fondo que extraje de aquellos tres sueños que recordaba haber tenido anteriormente.

Pero estaba totalmente perdido con el que tuve la noche anterior, era el más extenso y complejo con diferencia. Esa era la razón por la cual, cada vez que lo recordaba, hacía tambalear los cimientos de mi realidad. ¿Cómo explicar un sueño así?

¿Lucía en el hospital yaciendo sobre una cama? ¿Significaba aquello que su profesión de cirujana iba a dar un vuelco? ¿Un cambio radical? ¿Tal vez el fin de un ciclo en su vida? Lucía no había sido nunca hospitalizada, al menos que yo supiera desde que nos conocimos en Hungría, siempre había disfrutado de una salud envidiable. Debía ser algo relacionado con el trabajo, todas las imágenes anteriores estaban relacionas con el hospital, los compañeros de profesión y pacientes. No había otra explicación.

Sobre el segundo grupo de imágenes, pudieron pertenecer a cualquier día en el que Lucía no trabajaba. Si el tiempo lo permitía, nos gustaba salir fuera y disfrutar del jardín. No estaba tan seguro sobre aquellas dos personas del final, en el sueño no podía ver sus caras ni sus prendas de vestir, dos entes que podían estar mirándome o también de espaldas a mí. No les encontraba ninguna interpretación, estaban fuera de mi conocimiento.

Y el final del sueño, la parte angustiosa. ¿Corriendo por los pasillos buscando algo? ¿Observando algo en la oscuridad? ¿Lucía llorando? Marchándonos a toda prisa de la casa. ¿Qué era todo aquello? Lo único que se me podía ocurrir era que la casa representaba nuestra estabilidad, y unido a la parte inicial de Lucía, tal vez el sueño no era más que una premonición de un cambio dramático en nuestras vidas. ¿Abandonaríamos la vida que habíamos llevado durante todos estos años? Parecía que se aproximaban cambios importantes en el horizonte. O quizás solo fuese un mal sueño al que estaba dando demasiada importancia; se lo contaría a Lucía durante la cena y con su ayuda lo interpretaríamos correctamente.

CAPÍTULO IX

Debí quedarme dormido un tiempo, no estaba seguro de cuánto, pero al despertar, la niebla se había desvanecido y los rayos de sol entraban por la ventana, inundando de claridad toda la habitación. Algunos de aquellos haces de luz incidían sobre la alfombra persa que vestía el suelo de la biblioteca, avivando con fuerza sus delicados colores. Los tonos rojizos, azulados, ocres y anaranjados parecían estar cargados de energía y ser ellos la fuente desde donde manaba tanta luminosidad.

Me levanté y anduve a través de la habitación cruzando las columnas de luz que visitaban la biblioteca. Fuera, la belleza del paisaje se había multiplicado por mil, gracias al efecto producido por la difracción de la luz al atravesar un mar de minúsculas gotas de agua que la niebla había abandonado tras sus pasos sobre toda superficie imaginable. Cubrían literalmente todo cuando se encontraba allí fuera, y gracias al efecto de la luz, creaban un espectáculo único. Un manto de diminutas perlas de agua brillando en todas direcciones como mil millones de diamantes resplandeciendo y sonriendo felices al sol.

Contemplé aquel festival de la naturaleza pensando en Lucía, le hubiese encantando haber estado allí, y a mí también. Era el único reproche que le puse a aquel mágico momento. La más brillante de las estrellas estaba en un sombrío hospital trabajando lejos de mí y de aquel milagro que había tomado forma en nuestro jardín. Sentí un profundo sentimiento de añoranza, era como si la hubiese estado echando de menos durante años y todo el desasosiego acumulado estuviese concentrando todas sus fuerzas dentro de mi pecho en aquel preciso instante. Ella pasaba muchas horas del día fuera de casa, y yo

tuve que aceptarlo así, era el precio que debía pagar por su pasión a la medicina y la cirugía.

Me arrepentí de no tener una cámara mejor, algo que pudiese captar la belleza y los colores de lo que estaba viendo. Sabía que no había suficientes palabras en el mundo que pudieran expresar el esplendor de aquella imagen que Lucía, sin duda, hubiese amado y retenido en la caja fuerte de sus pupilas para siempre. Reuní fuerzas y me convencí a mí mismo de que solo debía esperar unas horas para estar los dos juntos otra vez. Tenía un montón de cosas que contarle, desde mi angustioso sueño hasta el milagro que había presenciado hacía solo un instante, pasando por mi barca perdida, el amigo de Arthur y su reunión clandestina, mi chiquillada haciendo creer a Denise que había comido con solo ensuciar los platos, y mis avances con el estudio de las dinastías.

Salí de la habitación y contemplé el corredor hasta el final del ala este, saturado de luz. En la isla inglesa no es muy frecuente, pero cuando aparece el sol, todo adquiere una dimensión especial, es como un mundo maravilloso que permanece escondido cuando el cielo está cubierto y solo hace acto de presencia cuando el sol le gana la batalla a esa espesa capa de nubes que normalmente reina en la atmósfera durante la mayoría del tiempo.

Había decidido salir al jardín y dar un paseo por los alrededores hasta que llegase Lucía. Me mantendría ocupado, disfrutaría de las plantas y los árboles, incluso podía ir a echar un vistazo a la intrusa y, cuando menos lo esperase, Lucía estaría entrando por la puerta de entrada conduciendo su Porsche 356 blanco último modelo hasta la casa como siempre hacía.

Esta vez sí que me detuve a curiosear los cuadros y algunas de las vitrinas del pasillo. Una vez hube superado aquel momento de tristeza que tuve, mientras pensaba en Lucía, me sentí mucho mejor. Estaba incluso contento, con tanta luz parecía que estuviésemos en verano y la mujer más maravillosa del mundo vendría en unas horas para disfrutar de una apetitosa cena en mi compañía, ¡qué más podía pedir!

De una vitrina a un cuadro, y después a aquel otro, y también a aquella otra vitrina más allá... Y así hasta que acabé en la sala de la explosión de armas antiguas, donde reposaba el yelmo.

CAPÍTULO X

Abrí la puerta de la entrada, y allí fuera encontré un coche negro con los cristales oscurecidos parado al pie de porche de la entrada. La puerta trasera derecha del vehículo estaba justo en el centro, enmarcada por las dos columnas cilíndricas de piedra y el tejado plano que sobresalía de la fachada de la casa. El motor continuaba en marcha y las luces permanecían encendidas. Detrás, estacionado, un segundo coche que parecía ser el mismo modelo también continuaba con el motor en marcha, pero a diferencia del anterior, mantenía las luces apagadas. No pude ver a nadie dentro de los vehículos, tampoco escuché voces o movimiento en el interior. ¿A qué estaban esperando? ¿Estarían dando un último repaso al plan antes de llevarlo a cabo?

Después de unos momentos de incertidumbre, por fin la puerta se abrió, y Blake salió de la parte trasera del vehículo. Iba muy elegante, vestido con un traje azul marino oscuro, una camisa blanca y una corbata rojo burdeos que hacía juego con el cinturón y los zapatos de piel. También portaba un bastón de madera oscura, cuidadosamente adornado, del que destacaban la punta y el mango de plata que relucían a la luz del farol suspendido bajo el porche.

Su pelo engominado hacia detrás era abundante y de color gris. En su cara, los años habían sido amables, dejado su marca en forma de suaves arrugas sobre la piel morena. Sus manos eran algo temblorosas, pero aún fuertes y su paso era firme y decidido. Anduvo hasta donde yo me encontraba, y justo antes de estrecharme la mano, Lucía apareció por detrás de mí con su alegría adictiva para colarse por mi derecha y ofrecerle su mano primero. Era evidente que había una confianza entre ellos dos, forjada a lo largo del tratamiento de Blake,

que yo desconocía. Con ella, él parecía una persona más distendida y familiar que cuando se dirigió a mí. Durante esos escasos momentos en los que intercambiaron formalidades, saludos y preguntas casi protocolarias antes de presentarnos oficialmente, me di cuenta de lo afortunado que era por tenerla a mi lado. Todo el mundo adoraba a aquella mujer tan especial que me había elegido a mí para compartir su vida; era simplemente muy afortunado.

—Señor Blake, este es Marco, mi marido —dijo Lucía mientras me miraba a los ojos con una sonrisa.

—Encantado de conocerte, Marco, es todo un placer, no te imaginas las ganas que tenía de estrecharte la mano —dijo Blake.

—El placer es nuestro, señor Blake, gracias por venir, es todo un honor tenerle esta noche con nosotros —le contesté cuando nos dábamos la mano.

Nos dimos la mano mientras nuestras miradas se mantuvieron fijas, una en la del otro, buscando tanta información como aquellos dos o tres segundos nos concedieron. En ese momento, entendí a qué se refería Lucía con una extraña mirada. Blake te atravesaba con sus ojos, era como si te hubiese visto crecer desde el preciso momento en el que saliste del vientre de tu madre, como si conociese todos los detalles de tu existencia, ¡incluso mejor que tú! En aquel hombre había una mezcla de elegancia, sabiduría y confianza en sí mismo que rebosaba por todas partes. Su voz era amable y calmada, algo que encajaba a la perfección con la imagen de caballero inglés que reflejaba.

Lucía no había notado la presencia de aquel segundo vehículo cuando salió a recibir a nuestro invitado. Era todo un alivio, pero yo no dejaba de darle vueltas. Blake era demasiado perfecto para ser la persona que deseaba aparentar. ¿Estaría interpretando un papel? ¿Y si realmente nos hubiera investigado antes de venir? Eso explicaría el porqué de aquella expresión en su cara como diciendo: «Yo lo sé todo sobre ti, pero tú no tienes ni idea sobre mí». ¿Por qué no nos había explicado la presencia de sus esbirros? ¿Estaba esperando a que yo le preguntase? ¿Me haría cruzar el muro de la cordialidad para hacerlo? ¿Me estaría probando de alguna manera?

Cuando Lucía le dijo que entrase dentro con nosotros, me vi arrinconado y obligado a preguntarle sobre los ocupantes.

—Señor Blake, ¿no va a invitar a sus chicos a entrar? Tenemos una pequeña sala de estar donde podrían estar mejor que en el coche —pregunté.

Quería demostrarle a Blake que estaba al corriente de la situación, y a la vez, no quería que Lucía se diese cuenta de nada. Le vi sonreír cuando atravesaba el umbral de la puerta. Cruzó mirando al suelo y sin perder la serenidad me contestó sin esfuerzo:

—Están haciendo su trabajo, no hay que preocuparse por ellos.

Lucía y Blake se adentraron en el vestíbulo hablando, mientras yo echaba un último vistazo a los dos coches que permanecían fuera y cerraba la puerta. Estaba claro que Blake no me daría lo que buscaba tan fácilmente, y aquel no era el campo de batalla más idóneo para el ataque con mis preguntas, por lo que aplacé mis indagaciones para otro momento cuando Lucía no estuviese presente. Estaba seguro de que mi insistencia no conseguiría más que hacerla sospechar y preocuparse. La respuesta de Blake sonaba a que simplemente había venido acompañado por sus guardaespaldas, pero lejos de aquello, en mi cabeza no paraban de surgir interrogantes, presa de cierta desconfianza que me hacía elaborar sin descanso todo tipo de sospechas. Si era cierto que eran sus guardaespaldas, ¿por qué dos coches? ¿Cuántos hombres necesitaba Blake para protegerse? ¿Y protegerse de qué? Si estaba en peligro, ¿por qué nos ponía a nosotros dos también en peligro? ¿Por qué aquellos hombres no salían de los coches y se desplegaban alrededor de la casa? En mi opinión, sería la mejor forma de asegurar la casa, o quizás, un par de hombres dentro y el resto fuera patrullando los exteriores. Después de no encontrar ninguna explicación lógica a la hipótesis de los guardaespaldas, me vi forzado a explorar otras posibilidades.

Ellos continuaban charlando a través del corredor varios pasos más adelantados. Blake se detenía una y otra vez para apreciar algunos de los objetos que teníamos expuestos mientras hacía reír a Lucía con sus comentarios. Era perfecto para mí, Lucía estaba entretenida con él y yo no le perdía de vista, mientras intentaba buscar una explicación a la situación en la que nos encontrábamos. Y si aquellos hombres no eran guardaespaldas, ¿qué eran? ¿Ladrones? Estaba seguro de que Blake se había informado antes de venir, sabría que yo era coleccionista de arte, licenciado en Historia y un estrecho colaborador de la Universidad de Oxford. No hacía falta ser un genio para intuir que las antigüedades que teníamos en casa eran más que simples objetos con muchos años a las espaldas. ¿Estaría aquí buscando algo? ¿Pero el qué? Teníamos varios objetos templarios y masónicos, todos con documentos contrastados que certificaban su anterior pertenencia a logias o a la Orden, pero nada realmente especial. Me gustaba investigar hasta el último detalle de todo cuanto adquiríamos, y nada de lo que teníamos era extremadamente excepcional. Tenían valor histórico, pero no tanto como para que un hombre de la talla y reputación de Blake reuniese un grupo de secuaces con el propósito de arrebatárnoslos. Esa hipótesis no me convencía, no le veía ninguna lógica. Se detuvieron entre el comedor y la cocina, y miraron hacia detrás, donde yo me encontraba.

—Marco, ¿quieres que cenemos en el comedor o en la cocina? —me preguntó Lucía bajo la atenta mirada de Blake.

—Como desee nuestro invitado; está en su casa —contesté. Blake no tardó en responder con una sonrisa, diciendo:

—Gracias, Marco, eres muy amable, no tengo preferencias. Ambas estancias son perfectas y prefiero que decidáis vosotros; donde acostumbréis a cenar normalmente.

Y antes de que pudiera abrir la boca, Lucía decidió por los dos en favor de la cocina, argumentando que era más acogedora que el frío comedor y que sería más sencillo para ella servir la cena mientras nosotros charlábamos. Tenía razón, yo también me hubiese inclinado por la cocina si no estuviese planeando arrinconar a Blake y aclarar algunas cosas mientras Lucía estaba entretenida en otra habitación. El comedor hubiese sido perfecto, pero ella ya había tomado la decisión por nosotros y era demasiado tarde para sugerir algo diferente. Tampoco era tan grave, le estudiaría un poco más durante la cena y mi oportunidad vendría después, en la biblioteca, donde siempre pensé que nuestra conversación debía producirse desde que acordamos la fecha de aquella noche.

Antes de pasar a la cocina, eché un último vistazo a los dos coches que permanecían estacionados fuera. Ambos estaban en silencio, sin las luces encendidas y con sus motores apagados. Fue algo que me tranquilizó, porque, al menos, aquello concordaba con la versión de Blake.

Entré en la cocina y serví unas copas de vino gran reserva español, a Lucía le encantaban los vinos españoles, yo siempre procuraba tener en la bodega varias botellas de sus preferidos. Para ella, cualquier ocasión era buena para celebrarlo con una copa de aquel delicado líquido color rubí. Con la segunda copa de vino, el ambiente comenzó a distenderse un poco entre nosotros. Yo me sentía un poco más relajado. La noche continuaba y, probablemente debido a los efectos del alcohol, mientras Lucía reía con Blake sobre su última broma, yo comencé a preguntarme si mis inquietudes eran realmente fundadas o solo el fruto de un excesivo afán por tener todo bajo control. Decidí que mantendría mis preguntas a la espera hasta que me encontrase a solas con Blake; él era el único capaz de darlas respuesta y sofocar mi desconfianza. Intentaría disfrutar del momento hasta que nos reuniésemos más tarde.

Con la segunda botella, Blake y yo incluso comenzamos a bromear juntos. Resultó ser más amistoso y bromista de lo que su imagen de perfecto caballero causaba. Me sorprendió gratamente que tuviese la confianza para ser la persona que realmente era, en vez de continuar siendo el recio arquitecto de altas esferas rodeado de guardaespaldas que conocí bajo el porche de la entrada principal. Continuamos bebiendo y riendo, y yo notaba cómo el efecto del caldo español aumentaba. Habían transcurrido varias horas desde que había

regresado de la universidad y el vino navegaba a sus anchas por mi cuerpo, inundándolo de más y más felicidad. La noche llevaba camino de ser memorable e incluso comenzamos a hablar de cuándo podríamos repetir otra velada en la que Blake prometió traer a su hija Sara.

Nos contó lo orgulloso que estaba de ella, él la crio desde que tenía tres años, cuando su madre falleció en un accidente aéreo. Blake decía que Sara poseía la belleza y elegancia de su madre, y que para él, contemplarla era contemplar el vivo reflejo de su esposa. Sara se había convertido en una exitosa agente de bolsa en Nueva York, poseía una importante cartera de clientes y las empresas más importantes del sector se peleaban por contratarla. Fue imposible ocultar la tristeza que brotaba de sus palabras cuando aquel hombre nos habló de la pérdida de su esposa. A lo que ahora se unía el distanciamiento de su hija después de su marcha a Estados Unidos. Debió de ser muy duro para él. Nos confesó que le ocultó a su hija la enfermedad que padeció, porque últimamente estaba muy ocupada con reuniones importantes y lo último que deseaba era que por su culpa arruinase el gran momento profesional que ella atravesaba.

Lucía había preparado unos pequeños cuencos de barro con aperitivos que retiró de la mesa mientras animaba a Blake. Y el efecto fue increíble, porque, como si de un nuevo capítulo se tratase, Blake recobró fuerzas y enterró aquellos tristes recuerdos para volver a ser el mismo con el que bromeábamos y compartimos anécdotas mientras saboreábamos otra nueva copa de tinto.

Durante el resto de la cena, aparte de felicitar a la cocinera por los caprichos culinarios con los que nos sorprendió aquella noche, hablamos sobre los tediosos proyectos de las obras de remodelación de las casas antiguas y de los avances de la arquitectura a lo largo de los años. Un tema con el que Lucía estaba muy familiarizada, después de crecer entre las escuadras, los cartabones y las mesas de dibujo de su padre.

La cena fue muy agradable, y en aquella primera hora y media que pasamos con aquel hombre, me di cuenta de que tenía más aspectos en común con Blake de los que tenía con la mayoría de mis mejores amigos, a los que conocía desde hacía años.

CAPÍTULO XI

El momento que había estado esperando tanto tiempo estaba a punto de producirse. Quizás el hecho de haber conocido a Blake antes de nuestra reunión cambió un poco la dureza que inicialmente había previsto utilizar durante nuestra charla. Mientras nos dirigíamos andando a través del pasillo hacia la biblioteca, pensaba que para entonces Blake se alejaba del concepto de caja fuerte rebosante de información que debía ser asaltada para el bien del conocimiento global, como le había considerado antes de conocerle y se acercaba más al concepto de un amigo.

La cena había sido un éxito y realmente apreciaba a aquel hombre, pero sabía que lo que definiría nuestra futura relación, sin ninguna duda, dependería de lo que ocurriese durante nuestra conversación.

Invité a Blake a ser el primero en entrar en la biblioteca, a lo que él respondió con un cordial «gracias». Cuando pasó delante de mí, me fijé en un detalle, de alguna manera había recuperado su bastón en algún momento cuando nos dirigíamos hacia la biblioteca. Me sorprendió no haberle visto recogerlo y pensé que estaría acostumbrado a llevarlo a todas partes, seguramente lo habría echado de menos durante la cena.

Desde la puerta, fui directamente al mueble bar, y mientras sacaba dos vasos anchos de una de las repisas, le pregunté.

—¿*Whisky* escocés?

A lo que él respondió:

—Por favor —mientras esbozaba una sonrisa.

Volví a preguntarle:

—¿Hielo? ¿Unas gotas de agua o solo?

Él contestó:

—Solo, por favor.

Puse dos cubitos de hielo en mi vaso y serví el *whisky*. Seguidamente se lo acerqué a Blake mientras nos sentábamos uno frente al otro, separados por mi escritorio. Observé detenidamente cómo Blake le hacía un detallado examen visual al *whisky* antes de olfatearlo; no había duda de que no era la primera vez que había degustado un *whisky*. Tomó un sorbo y lo mantuvo en la boca durante unos segundos hasta que desapareció a través de su garganta. Mantuvo sus ojos en el líquido como si estuviese reflexionando sobre su veredicto hasta que levantó la mirada hacia mí.

—¿Qué te parece? —le pregunté.

—Una obra maestra —contestó.

—¿Te arriesgarías a decirme qué *whisky* es? —le pregunté mientras le sonreía.

Me miró intentando contener su risa y me dijo:

—Esta antigua torre necesita más que un *whisky* para sucumbir, hijo.

Y no sé si fue por el alcohol que había tomado anteriormente, o porque estaba totalmente impresionado con aquel hombre, pero cuando me contestó con aquella expresión solté la carcajada que había estado reprimiendo durante toda la noche, hasta aquel momento en el que no pude contenerla más. Blake al verme tampoco se contuvo y comenzó a reír sin parar. Después de un rato riendo, él paró súbitamente, y yo le imité a duras penas después de unos segundos. Mantuvimos la mirada uno en el otro hasta que él rompió el silencio diciendo:

—¿Macallan, no?

—No puedo creerlo —exclamé.

—¿Es uno de ellos, verdad? ¿De los pertenecientes a finales de siglo XIX? ¿Me equivoco? —me preguntó.

Yo no tuve más remedio que empezar a aplaudir mientras ambos volvíamos a reír sin parar.

¡Aquel hombre era un genio! ¿Por qué no le habría conocido antes? Sentí que, de alguna manera, la vida había sido muy injusta conmigo: el señor Blake no era solo una gran persona, era el mentor que nunca había tenido y siempre había añorado. Era increíble que tan solo dos horas después de haberle conocido, le apreciaba tanto como para rogarle que se quedara con nosotros al menos unos días más. Blake era ciertamente una caja fuerte rebosante de conocimientos, pero no solo sobre las sociedades secretas y los misterios que encerraban, sino de la vida. Y lo más increíble era que él no intentaba guardar ese conocimiento, sino que lo compartía alegremente con quien fuese lo suficientemente inteligente como para escucharle.

Nuestras risas se fueron apagando poco a poco después de un tiempo, hasta que volvimos al silencio. Blake hizo un gesto con su frente, animándome a resolver el acertijo-trampa que había preparado para él.

—Es cierto —le dije—. Y también increíble que hayas sido capaz de reconocerlo —continué—. Es una de las botellas de 1876. ¿Cómo lo has sabido? —le pregunté con cierta desilusión.

—Tuve el placer de saborear ese sublime oro líquido años atrás. Un fallecido muy amigo mío, amante empedernido de las joyas que nacían y crecían en destilería cercana al pueblo escocés de Craigellachie, se las arregló para conseguir una de esas botellas tan preciadas —me dijo—. Recuerdo que le costó una suma importante de dinero y, con diferencia, era la reina de la corona en su extensa colección. Tenía una bodega completamente tapizada de *whisky*, todo un espectáculo —concluyó.

Sin dejar tiempo para nada, Blake continuó la conversación, pero por un camino totalmente diferente e inesperado para mí.

—Marco —dijo. A lo que yo respondí con un gesto de afirmación con mi cabeza—, estoy seguro de que no pensaste seriamente que solicité reunirme con vosotros solo para pasar un agradable momento con dos personas extraordinarias como vosotros —sentenció.

—Realmente, señor Blake, pensé más en que sería un honor conocerle y pasar un tiempo con usted —contesté.

—Es muy gentil por tu parte, Marco, es exactamente el tipo de detalles que me hizo decidirme por vosotros y excluir al resto.

Un momento. ¿Había dicho «decidirme por vosotros»? ¿Para qué habíamos sido seleccionados sin tener siquiera la opción de aceptar? Esto no era exactamente lo que yo había previsto para nuestra reunión.

—Es el mismo ejemplo de tu mujer Lucía —continuó sin parar—. Me salvó la vida cuando nadie daba un céntimo por mí, como a tantos otros todos los días. Y durante mis citas, antes y después de la cirugía, ella fue la que me dio la energía para continuar, cuando mi pequeña familia se encontraba lejos, ignorante de la situación. Lucía se convirtió en el ángel que me sacó del pozo de la desgana y la muerte.

»Y hoy —continuó—, hoy no estaba trabajando, hoy en su casa se desvivió por crear una cena perfecta para que me sintiese a gusto entre vosotros.

»¿Y tú? Hace poco más de dos horas que nos conocemos y me das de beber tu mejor *whisky*. Sé muy bien el tipo de personas que sois y me siento afortunado de haber venido esta noche y compartir un poco de vuestro tiempo. Ojalá os hubiera conocido muchos años atrás. Cuando Lucía y yo hablamos de tu pasión por la Orden de los Templarios, para mí fue una especie de llamada de atención, una

señal, si quieres llamarlo así. Espero que me perdones por ello, pero ya lo entenderás más tarde.

—Hizo un pequeño descanso como para tomar fuerzas—. Marco, te investigué —sentenció.

Yo guardé silencio, me había quedado sin palabras. No sé muy bien si porque me quedé atónito, o porque no supe muy bien cómo reaccionar después de haberlo intuido al comienzo de la noche. Ante mi silencio, Blake continuó.

—Quise y necesitaba saber qué tipo de pasión te movía tras los templarios. Quería saber si Lucía hablaba de un seguidor o de un guerrero descubridor. Quise conocer qué tipo de círculos te rodean, quiénes fueron vuestros abuelos, quiénes son vuestros padres y hermanos, y también quiénes son tus amigos más cercanos. Solo cuando encontré respuestas a esa curiosidad, y todo cuanto descubría iba en la dirección correcta, fue cuando decidí venir a conocerte personalmente.

»Has pasado cada una de las pruebas que te he puesto incluso antes de haberte conocido.

»Marco, es el momento de que conozcas la verdadera razón por la que esta noche estoy aquí. Todo está dispuesto, eres el elegido —sentenció.

Definitivamente no era el tipo de conversación que yo había previsto para aquel viernes por la noche, y después de su última frase, empecé a preocuparme de que tal vez demasiadas cosas habían ocurrido y continuaban ocurriendo fuera de mi control. Parecía que el futuro de mis días, sin saberlo, hubiera estado saltando de mano en mano al antojo de un grupo de extraños, sin que nadie hubiese pensado ni por un segundo que, tal vez, yo podría querer algo totalmente diferente a lo que se aproximaba en el horizonte.

Siempre me habían interesado las sociedades secretas que habían surgido a lo largo de la historia, con sus estrictos rituales, su simbología y los grandes nombres asociados a ellas. Pero todo aquello que Blake me estaba diciendo, me había hecho entrever que habían pensado en mí para algún tipo de posición en la logia. Era genial, y se lo agradecería a todos los que consideraron que yo era el mejor para aquel puesto, pero, en aquel momento de mi vida, no podía con aquella responsabilidad.

Tenía la certeza de que mi negativa iba a desilusionar a Blake profundamente, y que por esa razón, posiblemente, no le veríamos nunca más. Sentí una amarga frustración conmigo mismo y también con la vida. ¿Por qué me veía envuelto en estas complicadas situaciones?

Durante la pausa que Blake hizo, decidí que no le interrumpiría, quería saber qué tipo de puesto querían ofrecerme y cuáles eran las

condiciones. Le dejaría continuar hasta el final de su discurso antes de confesarle mi decisión final.

CAPÍTULO XII

En silencio, Blake sostuvo su bastón con ambas manos y me lo ofreció. Yo no entendía nada y tarde unos segundos hasta que reaccioné y lo tomé con ambas manos.

—Es un bastón muy antiguo, Marco, me imagino que no tendrás conocimiento de su existencia —me dijo.

—No lo conozco, aunque debo admitir que es una obra de arte —le contesté mientras apreciaba el laborioso trabajo en la madera.

El bastón constaba de tres secciones delimitadas por la punta de metal, la parte central de madera y un anillo en la parte final unido al puño, ambos de plata. En la madera negra, presumiblemente ébano, había labrado un complejo enmarañado de hojas de enredadera que subían desde la punta hasta la empuñadura. El anillo que hacía de transición entre la madera y la empuñadura era octogonal, con los ángulos suavizados. Sobre el metal, la hiedra no se detenía y continuaba su camino hacia la empuñadura, cambiando su color del negro de la madera al argentado de la plata.

—Es increíble —le dije a Blake mientras lo admiraba.

—Fue confeccionado hace muchos años, Marco, y ha pertenecido a grandes hombres de la historia —dijo Blake, mientras yo seguía bajo el embrujo de aquella planta enredadera.

—No lo dudo —le contesté y añadí—: Realmente es una pieza única, no había visto nada parecido en toda mi vida. ¿Cómo lo consiguió? ¿Es una herencia de su familia? —le pregunté.

—Sí, en cierta manera es una herencia, más bien podríamos decir que es un legado —contestó.

—Es increíble, estoy perplejo; si quiere que le sea sincero, creo que

jamás volveré a ver algo parecido —le dije a Blake, mientras le devolvía el bastón a su dueño.

—No, Marco, quiero que lo estudies detenidamente un poco más; ahora no eres mi amigo, ahora eres el estudiante de Historia más brillante de Oxford —me dijo Blake, empujando hacia mí el bastón aún sostenido por mis manos.

Lo acerqué de nuevo hacía mí y empecé a estudiarlo con más detalle. Realmente era algo especial, no dejaba de preguntarme cómo Blake se habría hecho con una pieza tan singular. Estaba seguro de que no existía otro igual en todo el mundo.

La punta estaba hecha de metal y probablemente no era la original, había sido reemplazada posteriormente con casi total seguridad. Estaba elegantemente acabada, pero no había sido elaborada por la misma persona que fabricó el original, no tenía el mismo espíritu que impregnaba al resto, aunque también era un gran trabajo de artesanía que iba en perfecta sintonía.

El tallado de la planta enredadera comenzaba tan pronto como acababa el metal de la punta. Las hojas habían sido perfectamente talladas con todos los detalles imaginables, una perfecta recreación de la planta y su naturaleza. Un momento, me detuve sobre una de ellas, pasé el dedo por encima y descubrí con sorpresa que había una marca. Acerqué el bastón a mis ojos un poco más y entonces la vi, no parecía una marca cualquiera, era difícil de interpretar, a menos que... ¡Fueran iniciales! Sí, podían ser dos iniciales en alguna lengua antigua situadas el centro de una de las hojas. Era difícil verlas, porque pasaban totalmente desapercibidas entre los detalles de la anatomía de la hoja. Sin pensarlo un segundo, mis ojos fueron saltando de hoja en hoja para comprobar que prácticamente todas tenían dos iniciales talladas. En un segundo examen, encontré que las hojas con iniciales formaban dos hélices que se entrelazaban varias veces en su camino a través de la madera de aquel maravilloso bastón.

—Increíble. ¿A qué idioma corresponden estas iniciales? — le pregunté a Blake, mientras seguía observándolas detenidamente.

—Arameo antiguo —contestó Blake, como el que te habla de las nevadas en invierno.

—¡Qué! —le contesté perplejo, preguntándome si había escuchado bien.

—Sí, arameo antiguo —me contestó mirándome a los ojos.

Volví a mirar el bastón a la vez que lo giraba y repasaba todas las inscripciones en las hojas.

—¿Cuándo? ¿Quién lo fabricó? —le pregunté balbuceando.

—Me es desconocido, Marco, dediqué años a viajar e investigar sobre él, pero se remonta a tiempos demasiado antiguos y remotos en los que me fue imposible seguirle la pista —contestó.

Me quedé en silencio reflexionando. El arameo antiguo tenía más de tres mil años de antigüedad y fue el idioma original de grandes secciones de algunos libros de la Biblia, así como la lengua principal del Talmud, el Bahir y el Zohar.

—Perdí su rastro en el siglo II antes de Cristo —continuó con voz de resignación.

—¡El siglo II antes de Cristo! —exclamé.

—Sí, después de estudiar cientos de documentos en las bibliotecas más antiguas del mundo y examinar palmo a palmo, detalladamente, la forma en la que fue concebido, llegué a la conclusión de que fue concebido en uno de los asentamientos de pescadores que se encontraban situados a lo largo de la cuenca del río Tigris, en algún punto de Siria, Irak o el este de Turquía.

—Fascinante —añadí.

—Y estoy seguro de que te alegrará saber que su larga andadura, hasta esta noche de hoy, está cargada de historia e incluso leyendas que le atribuyen poderes mágicos.

Tomó un descanso y continuó:

—Marco, no tengo ninguna certeza de esos poderes legendarios que se le otorgan, pero puedo asegurarte, por ejemplo, que estuvo en manos de Juan Bautista o que fue descrito entre los objetos que Arquímedes dejó en su taller después de fallecer. Como ya te dije, este bastón ha pasado por las manos de grandes personajes de la humanidad, pero el punto clave de su historia para nosotros ocurrió cuando el rey Balduino II de Jerusalén cedió el Templo de Salomón a Hugo de Payens y Godofredo de Saint-Omer. De alguna manera, y por razones que desconocemos, desde aquella ceremonia, este bastón dejó de estar ligado al rey Balduino II y apareció en los escritos asociado a la Orden del Temple, y concretamente a Godofredo, después de su muerte aunque no directamente.

Blake hizo una pausa para recostarse y mirar hacia la inmensidad en algún lugar de la biblioteca.

—Y aquí es donde entran en escena las iniciales que has encontrado. Pienso que están talladas en arameo, porque fue una forma de ocultarlas a los que no tuvieran un nivel de conocimiento elemental, mínimo.

»Solo unos cuantos elegidos a lo largo de la historia han tenido el honor de portar este bastón y llevar sus iniciales grabadas en él —dijo antes de que le interrumpiese bruscamente.

—¿Cuál es el motivo por el que las iniciales son grabadas? ¿Qué tiene que ver este bastón con Godofredo de Saint-Omer? —pregunté. Y continué casi sin respirar—: Godofredo de Saint-Omer y Hugo de Payens fundaron la Orden de los Caballeros Templarios, pero Hugo fue el primer Gran Maestre. ¿Por qué Godofredo y no Hugo?

Blake me miró, y como si se preparase para contarle un cuento a un niño pequeño, comenzó.

—Godofredo fue el mejor guerrero de todo Jerusalén, fue un ejemplo y una inspiración para todos sus hermanos en la batalla y fuera de ella. Fue seguido con devoción en vida y se convirtió en una leyenda después de su muerte. Representó el coraje, la entrega, el sacrificio y la devoción a una causa, a un principio.

Blake hizo una pausa. Parecía que hablar de Godofredo realmente inspiraba a Blake. Sin duda, aquel personaje de la historia había hecho florecer la semilla de aquellos valores que transmitió a tantos guerreros en el pasado en el interior de Blake. En su forma de hablar, se intuía la profunda y sincera admiración de Blake hacia Godofredo.

—Marco, son valores que se han perdido a lo largo de los años, la sociedad ha evolucionado en otra dirección, y por esa razón, la sombra de Godofredo se hubiera extinguido sin remedio hace mucho tiempo.

»¿Y por qué las iniciales en el bastón? Porque, desde entonces, solo hombres o mujeres con unas cualidades especiales han sido los encargados de velar por que se mantuviera el símbolo de esos valores. El portador de este bastón es elegido para continuar el legado de Godofredo, para representar y promover lo que él fue.

Y paró un momento.

—Esas iniciales corresponden a los nombres de los guardianes de algo que permaneció al mejor caballero templario de la Orden. Un objeto muy especial que ha estado oculto para el mundo y nos ha motivado para continuar en los momentos más difíciles a los que nos hemos enfrentado los que conocemos de su existencia.

»Marco, muchos años atrás fui elegido para conservar el casco de caballería de Godofredo de Saint-Omer y representar su alma.

Yo le miré con sorpresa, pero su rostro no cambió y continuó sin pausa.

—Pero dentro del grupo de personas que me eligieron, nació una corriente que quiere romper con la esencia de lo que hemos sido durante siglos. Es cierto que los tiempos han evolucionado desde los orígenes de esta antigua sociedad y que debemos evolucionar con ellos, pero siendo fieles a los ideales que nos han caracterizado. Estas personas son muy poderosas y proponen un cambio radical al que yo y muchos de nosotros nos oponemos.

Blake tomó un descanso antes de continuar.

—Como portador del bastón y último responsable de la sociedad, decidí actuar al margen de los demás miembros y buscar un futuro más seguro para nuestra reliquia y los valores que representa. O al menos un refugio, hasta que el equilibrio y la razón que se han perdido vuelvan a la comunidad —terminó y esperó mi reacción.

—Me has dejado sin palabras, tenía prevista una apasionante conversación para esta noche, pero lo que me has contado está muy lejos de lo que jamás hubiera podido imaginar. Entonces, ¿qué tengo que ver yo en todo esto? Me dijiste que habías pensado en mí para algo. ¿Tiene algo que ver con Godofredo y esta sociedad secreta? —le pregunté.

—Marco, necesito que ocupes mi lugar durante un tiempo, hasta que la situación se tranquilice un poco. Pensé que tú serías la persona idónea para proteger el yelmo de Godofredo. Tú posees los valores que el casco representa y tu conocimiento de la historia te convierte en el mejor protector. ¿Qué me contestas? ¿Lo harías por mí? —me preguntó.

Me tomé un tiempo para pensar en la proposición; no tenía nada que ver con un puesto en la logia de Londres como había pensado, y a lo que ya había decidido darle mi negativa.

—Si acepto, ¿entrañaría algún peligro para Lucía o para mí? Si hay personas poderosas detrás del casco, ¿quién me asegura que no se van a presentar aquí y llevárselo a la fuerza? —le pregunté.

—Marco, lo descarto. Nadie sabe que estoy aquí. Conocí a Lucía cuando me estaba tratando de un problema del que ni mi propia familia tuvo conocimiento. Los hombres que me han acompañado esta noche son de confianza, y solo uno de ellos está al tanto del casco, pero desconoce su procedencia y su valor.

»La situación de esta casa es perfecta, nadie podría sospechar que el casco se encuentre aquí. Además, he visto las urnas iluminadas con dos cascos antiguos que tenéis en una de las habitaciones, un tercero no levantaría sospechas; piensa que es prácticamente desconocido para la humanidad.

Guardó silencio mientras yo le daba vueltas a su argumento.

—¡Es perfecto! —exclamó.

—¿De cuánto tiempo estamos hablando? ¿Cuánto tiempo tendría que dar refugio a un objeto tan especial? —pregunté.

—Puede que fuese una semana o dos máximo —contestó pensativo —. Marco, piensa en la increíble oportunidad que se está presentando ante ti en este preciso momento. Podrías tener acceso a una pieza de incalculable valor, que, después de unos días, se esfumará para siempre —añadió.

Realmente era una oportunidad si lo miraba desde ese punto de vista, el yelmo de Godofredo de Saint-Omer, el que cuenta la leyenda que es el segundo jinete sobre el caballo del emblema de los caballeros templarios. No tenía ni idea de la existencia de su casco de combate, y pensándolo un poco, en un futuro, no me perdonaría haber dejado escapar la oportunidad que Blake me estaba ofreciendo. Con una semana me bastaría para fotografiarlo, examinarlo y tomar unas notas

que me ayudarían en un estudio posterior. ¡En Oxford no se lo creerían!

—¿Qué respondes, Marco? ¿Aceptas? —me preguntó, despertándome de mis razonamientos.

Tardé un tiempo en contestar, aunque la ilusión por tenerlo entre mis manos y poder estudiarlo eclipsó por completo el riesgo de tener que protegerlo.

—Acepto —sentencié.

CAPÍTULO XIII

La cara de Blake fue desde la incertidumbre a una explosión de felicidad en cuestión de décimas de segundo.

—¡Eso es fantástico, Marco! Sabía que eras la persona adecuada. ¡Mi elegido! —dijo con alegría—. Solo serán unos días, nada más, te lo prometo. Tan pronto como se resuelvan estas pequeñas diferencias, me pondré en contacto contigo —añadió.

—No te preocupes, tómate el tiempo que necesites hasta que liméis esas asperezas. El yelmo estará a salvo con nosotros. En menos de un día tendré confeccionada otra urna semejante a las que has visto y el casco pasará totalmente desapercibido, junto con los otros dos, para cualquiera que venga a visitarnos —le contesté—. Puedes traerlo en cualquier momento, mañana por la tarde la urna estará lista —añadí —. Aunque sinceramente, ¡cuanto antes mejor! —exclamé antes de que ambos empezásemos a reír.

Los dos reíamos sin parar mientras yo pensaba que era una responsabilidad dar cobijo a un objeto tan importante y valioso como era aquel, y más sabiendo que personas poderosas podían ofenderse por la decisión que Blake había tomado. Pero al mismo tiempo, era una oportunidad única para examinarlo y estudiarlo. Me veía junto a Lucía, enseñándoselo y explicándole todos los detalles de mis averiguaciones. Le enseñaría cada marca que la historia dejó impresa en él, le hablaría de sus propietarios a lo largo de los años, de las batallas que libró o los viajes que hizo antes de llegar hasta nosotros. Y fue entonces, después de tener esa visión, cuando decidí que había hecho lo mejor.

—Vamos, Marco, levántate, seguro que estás deseando verlo —dijo

lleno de satisfacción.

—¿Dónde vamos? Es tarde para ir a recogerlo ahora —respondí.

—¿Ir a recogerlo? ¡Pero si lo he traído conmigo! —Y Blake comenzó a reír.

—¿Lo trajo con usted sin saber si aceptaría? —pregunté sorprendido.

—No tenía la menor duda, estaba seguro de que no podrías decir que no a una proposición como esta. —Y volvió a reír.

No estaba seguro de por qué estaba tan feliz. ¿Era porque yo había aceptado? ¿O por haber sido capaz de intuir lo que había ocurrido esa noche desde la distancia? ¿O simplemente porque él se había salido con la suya? Quién sabe, la verdad es que parecía la persona más feliz del mundo.

Dándole vueltas más tarde, pensé que quizás fuese porque realmente tenía una gran responsabilidad siendo la máxima autoridad de esa sociedad secreta, y a la vez, también una obligación con la historia y sus predecesores. Estaba seguro de que le inquietaría la idea de ser recordado como el que perdió la unión perpetuada durante generaciones, provocando la disolución de la sociedad, o incluso peor, ser el responsable de la pérdida del casco, el icono material de la sociedad. Y estaba seguro de que no solo él pagaría por ello, sino que el resto de su descendencia también tendría que soportar tan pesada carga hasta el final de los tiempos. Entendí que para Blake, haber aceptado hacerme cargo del yelmo durante un tiempo, no significaba solo quitarle un problema más en que pensar, sino una completa liberación que le permitiría poder afrontar cualquier cambio que pudiese producirse en un futuro cercano, con la tranquilidad de saber que el casco estaría a salvo en buenas manos.

Salimos de la biblioteca y anduvimos a través del corredor hasta el recibidor de la entrada sin hablar. Cuando llegamos, Blake se acercó a la puerta principal y la abrió solo unos diez centímetros. Volvió a mi lado y comenzó a preguntarme sobre la historia del edificio. En menos de dos minutos, un hombre corpulento vestido con un traje negro, una camisa blanca y corbata negra abrió la puerta a los dos hombres que venían detrás de él y que portaban lo que parecía una caja cubierta por una tela negra. Aquellos dos hombres entraron en el vestíbulo y depositaron la caja en el suelo. Después, sin más, se dieron la vuelta y desaparecieron detrás de la puerta, cuando aquel hombre de rasgos sudamericanos y de robusta complexión la cerró. Blake entonces nos presentó.

—Marco, este es Omar, el jefe de mi seguridad privada. Ha trabajado conmigo más de veinticinco años, en los que me ha demostrado una inteligencia, lealtad y compromiso inigualables —dijo mirándole.

—Encantado de conocerte, Omar —le dije mientras le extendía la mano.

Nos dimos la mano, pero Omar no habló, se limitó a hacer un gesto con la cabeza a la vez que me apretaba la mano con una fuerza desproporcionada.

—¿Dónde quieres que vayamos, Marco? —dijo Blake mientras Omar cogía la caja y la levantaba como si estuviese hecha de papel.

—Creo que a la biblioteca. Lo conservaré allí hasta que pueda acomodarlo en la otra habitación —contesté.

Blake y yo tomamos la delantera y empezamos a caminar de vuelta a la biblioteca; Omar nos seguía a poco más de un metro tras nosotros.

—Sobre el escritorio, por favor, Omar —dijo Blake.

Omar no hablaba, solo se limitaba a obedecer las órdenes que le daban, algo que le daba un aire extraño e incitaba a desconfiar. El hombre corpulento pasó entre ambos y depositó la caja, aún cubierta, cuidadosamente sobre mi mesa. Una vez estuvo ubicada, dio unos pasos atrás, hasta la puerta de la biblioteca, donde se retiró en silencio.

Blake me miró. Yo continuaba mirando a Omar, no salía de mi asombro. ¿Cómo podía aquel hombre no decir ni una sola palabra siendo el jefe de seguridad? ¿Tendría vergüenza de mí? ¿Entendía el idioma, pero no lo hablaba? Blake le miró y le ordenó dejarnos solos. Sin demorarse un segundo, Omar dio la vuelta y se marchó, cerrando la puerta tras él. Ambos esperamos en silencio hasta que pudimos escuchar la puerta principal abrirse y a continuación cerrarse.

¡El casco de Godofredo había llegado! En un abrir y cerrar de ojos se encontraba esperando encima de mi mesa de estudio. «La vida tiene momentos increíbles», pensé mientras miraba aquella caja cubierta por la tela negra.

—Vamos, Marco, no esperes más, ha llegado el momento —dijo Blake, animándome a descubrir la caja.

No contesté, me límite a seguir mirando, hasta que de alguna parte de mi cuerpo recibí la orden de descubrirla. Arrastré la tela desde uno de los extremos hasta que la caja de madera quedó totalmente descubierta. Era una caja común, sin marcas, inscripciones o detalles visibles. Estaba confeccionada por láminas rectangulares de una madera rojiza anaranjada; todas cortadas con las mismas dimensiones se unían unas a otras perfectamente, sin dejar espacio entre ellas. Daba la impresión de ser una de esas cajas que puedes encontrar en cualquier desván de una casa antigua, olvidada en un rincón, a merced de los caprichos del tiempo.

Me acerqué y deslicé las manos sobre la tapa. Me sentí como debió sentirse Howard Carter en 1922, cuando descubrió el acceso a la tumba de Tutankamon, una mezcla entre la incertidumbre a lo

desconocido y excitación por lo oculto, unido al miedo a la decepción. Una nube de sentimientos que se disipó tan pronto como elevé la tapa y vi el metal en su interior. Estaba envuelto en una tela que debió de ser blanca muchos años atrás. Envolvía el yelmo prácticamente en su totalidad, dejando únicamente expuesta la parte superior. Al retirar la tela completamente, caí en la cuenta de que era una capa templaria, con la conocida cruz paté de color rojo burdeos. Estaba bien conservada y tenía huellas evidentes del paso del tiempo.

—Han pasado muchos años desde que fuiste confeccionada, amiga mía —dije mientras desenvolvía la capa totalmente.

Abrí uno de los cajones del escritorio y saqué unos guantes blancos de algodón que utilizaba para manejar piezas delicadas. Una vez ajustados, extraje el yelmo de la caja. No era tan pesado como aparentaba, debía estar hecho de alguna aleación que le proporcionaba un color mezcla entre marrón oscuro y negro, que le confería un aspecto siniestro. Tenía forma cilíndrica, la parte superior era plana y cubría la cabeza por completo. Poseía unas aberturas alargadas y diminutas para los ojos, y una colección de orificios a ambos lados de la boca. Sin duda, era un yelmo encerrado, también conocido como gran yelmo primitivo, desarrollados a finales del siglo XII. Fue la transición entre el yelmo nasal de finales del siglo IX y el famoso gran yelmo en los alrededores del 1240 d. C. Si no me fallaba la memoria, Godofredo murió en el 1160 d. C., por lo que si ese casco fue de su pertenencia, debió de ser uno de los primeros yelmos encerrado diseñados y forjados de la época. En el diseño, llamaba poderosamente la atención la presencia de la cruz de tau situada en la parte central. Era extraño porque la mayoría de los yelmos que había visto hasta el momento tenían una cruz latina hecha en latón. Pero en el caso de este, la «T» estaba hecha de algún tipo de piedra de color rojo uniforme, muy pulida y suave al tacto, que aparecía levemente fracturada en diferentes partes, probablemente debido a las batallas en las que se vio envuelto Godofredo.

La parte superior de la cruz tau se extendía un poco más allá de las aberturas para los ojos, mientras que la parte vertical llegaba a una zona intermedia entre el labio inferior y la barbilla del caballero que lo portase. En la parte posterior, las iniciales GSO estaban grabadas de forma muy rudimentaria, Godofredo de Saint-Omer.

—La piedra de color rojo, ¿es Jaspe? —pregunté a Blake, mientras seguía admirando el yelmo.

—Sí, es un jaspe rojo monocromático; una variedad muy rara —contestó.

—Increíble. ¿De dónde sacaron una piedra tan excepcional? ¿Quién fue el maestro que la cortó y pulió con tanta perfección? ¿Cómo pudo ser montada sobre el metal con tal precisión que, incluso después de

ser golpeada en varias ocasiones, la piedra ha permanecido adherida y de una pieza después de siglos enteros desde su forjado? —me preguntaba en voz alta.

—Marco, hay muchas preguntas a las que he sido incapaz de encontrar respuesta a lo largo de estos años —dijo Blake—. De ahí que muchos le otorguen poderes divinos, de la dificultad en encontrarle una explicación racional —añadió—. Godofredo debió de ser temido en el campo de batalla por sus enemigos, no solo por su conocida destreza con la espada y sus habilidades tácticas, sino por su imagen cabalgando contra el enemigo portando este casco. Debió de ser algo aterrador, parecería haber salido del mismísimo infierno para proteger la Tierra Santa de cualquier amenaza.

—Llevo admirándolo tan solo unos minutos y ya lo estoy echando de menos, pensando que en unos días vendrás a recogerlo y no lo volveré a ver jamás —le dije a Blake con pesar.

—Nunca se sabe, Marco, quizás un día seas tú el que ocupe mi lugar y puedas dedicar tu vida a ese yelmo y lo que representa —me dijo en tono paternal.

—Quizás; sería todo un orgullo ser su guardián, pero ahora, en estos días, tengo que disfrutarlo al máximo. Lo estudiaré noche y día hasta que conozca todos sus secretos, tanto los divinos como los terrenales —le contesté, mientras mi excitación por ser el primero en desvelar sus secretos ocultos crecía en mí sin parar—. Señor Blake, quiero que me cuente todo lo que sepa sobre el yelmo, necesito saber qué investigó y cuáles fueron sus conclusiones —le dije cuando depositaba el casco de vuelta a la caja.

—Marco, me temo que va a ser imposible —contestó.

Yo me quedé callado; pensaba que estábamos en el mismo bando.

—No debo compartir ninguna de mis averiguaciones contigo en este punto, porque si alguna de ellas no es correcta, comenzarás tu estudio sobre una base falsa que antes o después provocará que colapse y el tiempo que hayas empleado sea un desperdicio —me dijo —. Debes establecer tu propia base y, desde ella, ir construyendo el estudio hasta que llegues a tus conclusiones. En ese momento, será cuando nos volvamos a ver. El día que vuelva a recoger el yelmo pondremos en común nuestros descubrimientos y ambos nos enriqueceremos con las averiguaciones del otro —terminó.

—Tiene lógica, quizás ahorrase un día o dos si me facilitases algunos detalles, pero entiendo que si hay alguna imprecisión, el resto de la investigación se podría venir abajo en cualquier momento —contesté—. Quizás sea más seguro así.

—Así es, Marco —contestó con una sonrisa.

—¿Más *whisky*? —le pregunté.

—No, Marco, te lo agradezco, pero debo marcharme. Es tarde y

tengo asuntos que requieren mi atención.

—¿Es realmente muy tarde? Seguro que Lucía se ha ido a dormir y no ha querido decir nada para no molestarnos.

—Eres afortunado, Marco, ella es una gran mujer —dijo Blake.

—Gracias, señor Blake, lo sé, soy muy afortunado.

Las primeras luces del nuevo día comenzaban a romper la oscuridad de la noche en el horizonte, cuando el señor Blake y yo nos despedimos. Esperé bajo el porche mientras aquel hombre, el mentor que siempre añoré, se adentraba en el coche y partía hacia un futuro incierto. Le deseé la mejor de las suertes para las luchas que se le avecinaban. Y después de alejarse durante unos minutos, las luces rojas desaparecieron entre los árboles y entré en casa. Sin duda alguna, había sido una noche increíble, y ahora tenía el yelmo de Godofredo ¡para mí solo! Dormiría unas horas y me levantaría temprano para comenzar a estudiarlo, aunque no sabía si sería capaz de conciliar el sueño después de todo lo ocurrido.

CAPÍTULO XIV

Salí al jardín a esperar a Lucía, sabía que todavía era un poco pronto para que ella llegase, pero pensé que dando un paseo por el jardín, ahora que había salido el sol, haría que las horas pasaran más deprisa.

Estuve entretenido en aquel pequeño paraíso durante un tiempo, y después de un rato, pensé en salir fuera y continuar mi paseo por el bosque. Cuando éramos pequeños, Max y yo pasábamos la mayor parte del día en la naturaleza. Siempre había un millón de cosas con las que estar entretenidos. Salir a pescar, construir cabañas, recoger setas, castañas o bayas, observar a los pájaros, ciervos, ardillas o a los miles de diferentes insectos que despertaban con la primavera... Siempre había algo excitante que hacer a la vez que aprendíamos sin parar. «Qué cantidad de recuerdos alegres», pensaba mientras continuaba andando.

Anduve varios kilómetros por el carreteril que llegaba hasta la carretera principal desde la casa antes de decidir dar la vuelta. Había sido un agradable paseo hasta el momento, pero el viento había cambiado, y me preocupaba un manto nubes oscuras que se aproximaba tapizando el horizonte y amenazando tormenta.

En pocos minutos, el cielo se oscureció y comenzaron a caer las primeras gotas. Maldije mi suerte por no haber cogido un paraguas antes de salir, cuando es más que conocido que en Inglaterra el tiempo cambia sin aviso en cuestión de minutos.

Aligeré el paso, pero era demasiado tarde, la tormenta ya había decidido comenzar a descargar su furia sobre los campos y pensé que para cuando llegase a casa, iba a estar completamente mojado, tanto si corría como si no, por lo que me limité a seguir andando.

El agua comenzaba a caer con más intensidad, aunque yo me había cubierto la cabeza con la americana y andaba con comodidad en medio de aquel diluvio. Escuchar el agua golpear el suelo mientras continuaba andando, me hizo volver a pensar en el casco de Godofredo y Blake. Era como si algo se escondiera en el rincón más recóndito de mi memoria, huyendo de mi curiosidad; podía intuir su presencia, pero no acceder a esos recuerdos.

Como tenía tiempo hasta llegar a casa, decidí repasar y ordenar mentalmente lo que recordaba. Tenía perfectamente claro qué había sucedido hasta que Blake se marchó, pero no recordaba haberle visto más. ¿Qué pasó? Debía haber vuelto para recoger el yelmo, pero todavía estaba en casa. ¿Por qué no volvió? ¿Se puso en contacto con nosotros? No lo recordaba, maldición. ¿Qué fue lo que pasó?

Continué andando en medio de una cortina de agua enfurecido conmigo mismo por ser incapaz de hacer a mi memoria trabajar.

En ese momento, cuando caminaba hacia la casa con las últimas luces moribundas del día, un relámpago iluminó los alrededores, obligándome a que levantara la cabeza y contemplara a lo lejos el perfil sombrío de nuestra mansión en la oscuridad.

Una imagen que me sobrecogió, y de la que, a regañadientes, se desprendieron los restos de un vago recuerdo. Reviví con sorprendente nitidez, haber mirado hacia la casa en circunstancias similares, y haber sido testigo de cómo aquella silueta se alzaba entre las copas de los arboles.

El cielo pareció resquebrajarse justo encima de mí mientras intentaba averiguar qué podría esconderse tras aquella imagen espectral y buscaba en los recuerdos más profundos de mi memoria. Aquel trueno retumbó en la atmósfera con tal violencia que su eco, hizo que mi interior cediese y algo finalmente saltara fuera de aquel baúl sellado por el olvido que permanecía abandonado y perdido en algún rincón de mi mente. Y entonces fue cuando recordé qué había pasado con el yelmo de Godofredo.

CAPÍTULO XV

El señor Blake desapareció después de aquella noche del viernes, lo que originó un revuelo importante. Los periódicos se hicieron eco de la noticia y su fotografía se podía ver en las primeras páginas de todos los diarios. Era increíble la repercusión que aquel hombre tenía en la sociedad.

Solo unos días después de que el suceso saltase a la luz, la policía se puso en contacto con nosotros. Éramos unas de las últimas personas que habían estado con él antes de esfumarse de la faz de la tierra y querían reunirse con nosotros para hacernos unas preguntas. Concertaron una cita ese mismo día cuando nos llamaron y nos exigieron educadamente seguir sus instrucciones y permanecer en la casa hasta su llegada. Si éramos vistos en algún otro lugar, sería interpretado como una actitud sospechosa y tendría, como ellos dijeron, consecuencias desagradables para nosotros, por lo que cortésmente nos forzaron a permanecer recluidos en nuestra propia casa hasta el momento de la reunión. Las horas que transcurrieron entre aquella llamada telefónica y el momento del interrogatorio pasaron rápidamente. La verdad era que Lucía y yo estábamos muy preocupados por Blake, especialmente yo, que tenía conocimiento de la difícil situación en la que se encontraba en mitad del cisma de la sociedad secreta que él dirigía. Y tal vez no tanto por el hecho de ser incapaz de mantener aquel grupo unido, como había permanecido desde los tiempos del gran Godofredo, y convertirse en el responsable de la ruptura o incluso de su disolución, sino por la forma en que aquellas personas de tanto poder pudieron tomarse las negativas de Blake y del resto de los que le respaldaban a sus proposiciones de

cambio. Era una situación que fácilmente podría haber desatado una guerra interna en la organización con fatales consecuencias para sus miembros, como ya había ocurrido en tantas otras ocasiones a lo largo de la historia con otras sociedades secretas. Y aunque Lucía ignoraba esta circunstancia, ambos teníamos la esperanza de que quizás la policía nos pudiera tranquilizar con alguna información sobre su paradero o la dirección de las investigaciones.

Esa tarde, estuvimos disfrutando del jardín, fue un día soleado en el que apetecía salir fuera y desconectar un poco. Anduvimos, bromeamos, jugamos y nos reímos mucho juntos como dos críos, hasta que las primeras luces del día se fueron disipando y comenzó a bajar la temperatura.

Cerca de la hora del encuentro, subí a esperarles a una de las habitaciones desde donde podía contemplar la carretera de acceso. Tuve que esperar un tiempo hasta que finalmente los vi, dos coches acercándose, como el día en que conocí a Blake y me convertí sin querer en el protector del tesoro que se escondía a la vista de todos en nuestra sala de armas.

Los dos vehículos continuaban aproximándose lentamente hacia la casa, serpenteando a través del paisaje. Cuando finalmente llegaron y pasaron el umbral de los dos pilares de la entrada, introduciéndose en el jardín, me di cuenta de que el primero de esos vehículos era muy parecido, si no era el mismo, al segundo coche que vino acompañando a Blake aquella noche.

Concretamente, el mismo que transportaba la caja de madera.

El primer impulso fue pensar que era curioso. ¿Por qué aquel mismo coche? Blake me dijo que era su seguridad personal, nada que ver con la policía. ¿Sería verdad? No tenía ningún sentido enviar dos coches de la policía para un simple interrogatorio. Y en el caso de no ser la policía, ¿quién conducía el otro coche? Pensando un poco, era evidente que, a esas alturas, habría abierta una investigación, y que la policía tenía recursos limitados, no era ningún secreto, por lo que quizás la seguridad privada de Blake estuviese apoyando a la policía, así tendrían más personas trabajando en su desaparición y obtendrían resultados más rápidamente. Seguramente, Blake no había escatimado en gastos al contratar a los mejores para su protección, y de ahí nacía la cooperación. En ese caso, todo cuadraba, un coche pertenecía a la policía y el otro a los guardaespaldas.

Cuando llamaron a la puerta, yo los estaba esperando y no tardé en abrir. Un hombre y una mujer esperaban bajo el porche de la entrada.

—Buenas tardes, soy la inspectora de policía García, y él es el inspector Greenville. Estamos investigando la reciente desaparición del señor Richard Blake. Tenemos entendido que ustedes pasaron algunas horas juntos en esta casa hace cuatro días. ¿Cierto? —me

preguntó aquella bella mujer de pelo largo y rubio.

—Sí, es cierto —contesté.

—Necesitamos hacerles unas preguntas en relación con aquella noche. Estamos intentando recabar toda la información posible para determinar el paradero del señor Blake. ¿Tienen algún lugar donde podamos hablar? —me preguntó.

—Sí, sí, pasen, por favor, justo aquí a la izquierda hay un pequeño despacho. Pónganse cómodos mientras voy a llamar a mi mujer Lucía —les dije mientras les mostraba el camino a mi despacho de reuniones poco importantes.

—Estamos en estrecha colaboración con la seguridad personal del señor Blake, dos de sus miembros nos han acompañado hoy hasta aquí —dijo la inspectora, mientras andaba hacia el despacho—. Son muy profesionales y están aportando una gran cantidad de información al caso. Con su ayuda daremos con el señor Blake muy pronto —añadió.

«Ya me lo he imaginado», pensé.

—Toda ayuda es importante en estos momentos, seguro que le encuentran —contesté, mientras me alejaba en busca de Lucía.

Únicamente, nos reunimos con los dos inspectores de policía, los dos miembros de la seguridad de Blake permanecieron en su coche.

Hacía tiempo que había anochecido, Lucía se había sentado en mi sillón de cuero negro, yo me encontraba a su derecha de pie. Aquellos dos agentes quedaron sentados al otro lado de la mesa con sus trajes sobrios e impecables. Sin esperar a nada más, comenzó una batería de preguntas sobre aquella noche y nuestra relación con Blake. La inspectora García era la que llevaba la iniciativa, Greenville se limitaba a escuchar y tomar anotaciones en una libreta de cuero deformada por el uso.

Después de contestar cientos de preguntas, o al menos eso fue lo que me pareció a mí, cuando aquellos dos inspectores se centraban en preguntar a Lucía por el estado de salud de Blake y datos sobre las citas a las que asistió durante su tratamiento, me relajé un poco de la tensión acumulada y fue cuando accidentalmente vi algo. Fue como un destello, un minúsculo reflejo de luz sobre uno de los cristales de la ventana. Me pareció extraño, inusual, cuando todo allí fuera estaba en completa oscuridad. Mi intuición me decía que no tenía ningún sentido y que algo debía de estar pasando fuera de la casa. Quizás por la misteriosa desaparición de Blake, por la policía o tal vez solo por el interrogatorio me sentía más alerta y reactivo de lo normal. Por lo que no lo dudé un segundo y comuniqué mi indisposición a Lucía y a nuestros visitantes. Lucía se interesó por mí inmediatamente y me preguntó si me encontraba bien.

—Estoy bien, gracias, no te preocupes —le dije mientras la miraba a los ojos—. Solo necesito ir a la cocina a por un vaso de agua, me

siento un poco indispuesto. Eso es todo —terminé.

—Marco, por favor, dime algo si no te encuentras mejor —me dijo Lucía antes de abrir la puerta y salir.

—Estaré bien, vuelvo en un momento —contesté intentando sonreír.

Me disculpé y cerré la puerta al salir del despacho. Tan pronto como escuché el clic del cierre, subí las escaleras corriendo, como si la muerte me persiguiera hambrienta de mi alma. Abrí con cuidado la puerta del estudio de diseño inundado por la oscuridad de la noche y me acerqué a la ventana con tanto ímpetu que una vasija de metal que reposaba sobre el borde de la ventana cayó al vacío. Sin pensarlo, mi mano voló y agarró aquella pieza de metal antes de golpear el suelo. Mi cuerpo era una máquina fuera de control que producía adrenalina sin parar; en aquel momento, rebosaba agitación por cada milímetro de mi piel. Bajo mis pies, podía escuchar a Lucía respondiendo a las preguntas que, una tras otra, le eran formuladas por aquella mujer policía. Miré por la ventana en dirección al coche y lo que contemplé hizo que mi corazón hiciera un amago de estallarme en el pecho, me faltaba el aire. Ocultos al abrigo del primer coche, dos hombres agazapados se ajustaban unos pasamontañas, mientras sus linternas encendidas esperaban sobre el suelo iluminando el firme. La puerta trasera izquierda del coche estaba entreabierta, y uno de ellos volvió dentro a recoger algo. Los haces de luz provenientes de la linterna en el interior del automóvil salían despedidos en varias direcciones, mientras aquel encapuchado se movía y buscaba algo en el interior. Fue el destino el que hizo que uno de aquellos reflejos diera la voz de alarma al colarse en el despacho en mitad de la reunión.

Probablemente no había estado contemplando aquella horrenda escena más de un minuto, pero se me hizo interminable hasta que aquel individuo salió del coche y le entregó al otro una pistola. Eso fue lo último que vi antes de dar un salto y correr hacia las escaleras. Mientras corría como alma que lleva el diablo, pensé en decirles a los policías lo que había presenciado hacía tan solo unos segundos, pero justo antes de llegar a la puerta del despacho donde les escuchaba hablar con Lucía, caí en la cuenta de que ambos coches y sus ocupantes habían venido juntos, y quizás también estaban juntos en aquello.

Llegué a la puerta del despacho y dudé un momento si debía pasar o esperar, y en aquella fracción de tiempo, escuchando la conversación a través de la puerta y sintiendo el latir acelerado de mi corazón, oí un ruido seco, como una pequeña explosión que provenía del exterior y al que acompañó el ruido de cristales rompiéndose contra el suelo. Era un disparo, ¡un disparo! Casi sin tiempo, otros dos disparos contestaron al primero y se mezclaron con los lamentos de

Greenville. No estaban juntos en aquello y los encapuchados acababan de dar el primer golpe. Abrí la puerta, y lo primero que busqué con la mirada fue a Lucía. Podía escuchar a Greenville luchando contra el dolor, mientras la inspectora García le ayudaba con su brazo herido y me gritaba que permaneciese fuera de la habitación.

Pero no me importó lo que aquella mujer de pelo rubio y largo trataba de decirme mientras exhibía su pistola aún humeante y auxiliaba a su compañero. Me gritaba una y otra vez que me agachase, pero en su lugar, lo que hice fue correr hacia la mesa escritorio y desplazarla para encontrar a Lucía. Estaba menos asustada que yo y se alegró de verme. Yo también me alegré de encontrarla a ella. No intercambiamos ninguna palabra, nuestras miradas hablaron, y ambos salimos de la habitación. Una vez estuvimos en el corredor, atravesamos el vestíbulo y entramos en la habitación de acceso a las bodegas justo antes de llegar a la cocina.

—Bajá a la bodega de *whisky* y escóndete allí. Cierra la puerta de madera, bloquéala por dentro y espérame —le dije.

—Ven conmigo. ¿Qué vas a hacer? Marco, por favor, ven conmigo —me pidió con un tono de súplica.

—Lo haré, Lucía, pero tengo que ayudar a los inspectores, no puedo dejarles ahí, con Greenville herido —contesté—. Venga, cariño, no hay tiempo, entra de una vez y escóndete; vuelvo en un momento —sentencié.

Lucía bajo el primer escalón a regañadientes, pero finalmente accedió y se perdió escaleras abajo. Escuché sus pisadas alejándose, hasta que la puerta de madera se cerró; unos segundos más tarde, el pestillo de hierro forjado fue desplazado bloqueando la puerta. Esa fue la señal de salida que estaba esperando. Me asomé al pasillo y sin pensarlo volví al despacho donde, con la ayuda de la inspectora García, sacamos a Greenville fuera de la habitación. Aparte del disparo en su brazo derecho, tenía un cristal de considerable tamaño clavado en el gemelo izquierdo. Debió de caer sobre él después de ser herido, no le iba a ser fácil andar con aquel corte, pensé.

—Son los hombres que vinieron con ustedes; ambos están armados —dije sin vacilar.

—¿Cómo lo sabe? —me preguntó Greenville mientras apretaba los dientes y contenía el dolor.

—Les vi desde una habitación del piso de arriba, algo llamó mi atención antes de ausentarme de nuestra reunión —contesté.

Sin pensarlo un momento, le despojé de su chaqueta, desanudé la corbata de su cuello y desabroché algunos botones de su camisa. Greenville seguía aguantando el dolor estoicamente mientras le hacía un torniquete con su corbata en el brazo y otro con mi cinturón en la pierna, después de haberle extraído el trozo de cristal. La inspectora

García seguía mis maniobras, mientras cubría nuestra posición, sujetando su arma con ambas manos y miraba hacia uno y otro lado del pasillo.

—¿Dónde está su mujer? —me preguntó la inspectora.

—Está a salvo en una de las bodegas —le contesté mientras terminaba de apretar el nudo del torniquete del brazo.

En aquel instante, decidí que no era buena idea decirle a nadie la situación exacta de Lucía. Pese a las heridas que sufría Greenville no me fiaba, parecía que los inspectores y yo estábamos en el mismo bando, pero el instinto me decía que no confiase en nadie.

—¿Cuál es el plan, inspectora? —pregunté inquieto.

—Deberíamos subir al piso superior, eso nos dará ventaja. ¿Hay alguna otra forma de acceder a parte de las escaleras? — me preguntó García.

—No, solo usando esas del vestíbulo. Respondí, a la vez que se señalaba con el dedo.

—Subamos primero y pongamos a Greenville a salvo, después nos concentraremos en pedir refuerzos, tenemos que llegar a la radio del coche —dijo.

Ayudé a levantarse a Greenville y anduvimos hasta la escalinata, mientras García nos acompañaba, asegurando nuestro camino. Cuando habíamos subido los dos primeros peldaños, escuchamos cómo los cristales de la ventana de una de las habitaciones del fondo del pasillo se rompían. Hubiera apostado todo cuanto poseía a que se trataba de la ventana de la biblioteca, aunque, a quién le importaba dadas las circunstancias. Sin decir nada, nos apresuramos en subir más deprisa, no era buena idea quedarnos a merced de los atacantes en mitad de las escaleras.

Cuando me concentraba en cargar con Greenville, que apoyado sobre mi hombro subía los peldaños a duras penas, me di cuenta de las gotas de sangre que poblaban el suelo procedentes de la herida de su pierna. Del corte, aún brotaba sangre que se deslizaba por debajo de su pantalón y sobre su zapato. Pensé con cierta angustia que aquel rastro les serviría en bandeja nuestra ubicación a los encapuchados, que darían con nosotros rápidamente, aunque también, a la vez, les alejaría de Lucía. Algo que de alguna manera, alivió parte de mi angustia.

—Marco, cambio de planes, usted suba con Greenville a la parte superior, yo tengo que salir fuera y llegar al coche —me dijo García.

—¿Por qué? —le contesté amargamente.

—No tiene ningún sentido que yo suba, corremos el riesgo de quedar bloqueados ahí arriba sin posibilidad de bajar a través de la única vía, estas escaleras. Sería demasiado fácil para ellos. Usted suba y póngase a salvo desde donde pueda controlar las escaleras en todo

momento, y en cuanto comunique nuestra situación a la comisaría, volveré a por ustedes y su mujer.

Podía haber empezado una discusión con la inspectora y su idea de dejarme solo con un hombre seriamente herido y un reguero de sangre gritando a los encapuchados dónde nos podrían encontrar. Pero no había tiempo y tenía razón en algo: si los tres subíamos, tendríamos complicado bajar al coche si los atacantes se limitaban a esperarnos agazapados en el piso inferior, a la espera de que su presa abandonara la madriguera. Y había algo aún más importante, Lucía se impacientaría después de un tiempo y saldría de su escondite dando a parar al corredor, iría directamente a la boca de lobo. Una imagen que recreé en mi cabeza y me aterrorizó profundamente, por lo que la idea de la inspectora me pareció mucho más acertada de lo que lo hizo en un principio.

—Vale, tiene razón, inspectora —le contesté.

Entonces, aquella bella mujer de pelo rubio y ojos marrones me sonrió y me dijo:

—Todo va a salir bien, Marco, estoy segura. Ahora debe cuidar de Greenville, y si por alguna razón, él pierde el conocimiento, tome su arma. ¿Ha usado un arma alguna vez? —me preguntó.

—Nunca, y espero no tener que hacerlo esta noche —respondí con cierto malestar.

—Tranquilo, seguramente no la necesite, pero familiarícese con ella por si llega el momento. Confiamos en usted, Marco —dijo mientras se alejaba sigilosamente hacia la puerta principal.

No llegamos a ver si García salía de la casa o no, porque tan pronto como comenzó a alejarse, Greenville sacó fuerzas de flaqueza y empezó a subir escalones como si le hubiera poseído algún tipo de energía sobrenatural.

Cuando llegamos arriba, la felicidad de nuestro logro se vio cruelmente eclipsada por el ruido de tres disparos procedentes del exterior que me pusieron la piel de gallina y multiplicaron mi preocupación por mil. Casi a la vez, ambos nos dimos la vuelta súbitamente y nos quedamos parados durante unos segundos sin saber qué hacer. Yo, inquieto, deseé que aquella mujer se encontrase bien. Y Greenville, impotente, escuché cómo apretaba con fuerza los puños sin decir una palabra, mientras su rostro reflejaba la angustia que le quemaba por dentro; imaginé que, lamentándose por no estar allí, al lado de su compañera desprotegida, apoyándola. Después de aquel instante de indecisión, nos rehicimos de aquellos sentimientos de duda y reaccionamos, dándonos la vuelta para continuar con el plan acordado. Ahora debía concentrarme en poner a salvo a Greenville y después iría a por Lucía; no quería imaginar lo nerviosa que estaría después de aquellos últimos disparos. Greenville parecía hundido,

física y mentalmente. Verse malherido, incapaz de ayudar a su compañera y siendo un lastre que ponía en peligro todas nuestras vidas era un peso que a duras penas podía soportar. Intentaba animarse a sí mismo repitiendo una y otra vez.

—Vamos a salir de esta; estoy seguro, Marco, vamos a salir de esta.

De repente, las luces del vestíbulo se apagaron y la casa se quedó prácticamente a oscuras. Tímidamente, la luna proporcionaba algo de claridad al interior, pero no lo suficiente para que la inspectora nos pudiese encontrar sin conocer la casa. Era preocupante que la situación no dejara de empeorar a cada segundo.

Decidí que debíamos quedarnos en la habitación de invitados que se encontraba justo enfrente de la habitación de dibujo desde donde había divisado a los atacantes. Abrí la puerta y anduvimos a duras penas y sin poder ver hasta la pared; después, ayudé al maltrecho inspector a sentarse debajo de la ventana. Desde allí sería capaz de controlar en todo momento las escaleras con la escasa luz que entraba desde el exterior y, a la vez, parte de la cama lo escondería a él de la visión de alguien que subiese desde el piso inferior. Cuando estaba ayudando a Greenville a apoyarse sobre la pared, la madera vieja de los escalones crujió suavemente, delatando la presencia de alguien. Podía escuchar los latidos agitados de mi corazón retumbando en los oídos, miré hacia las escaleras, pero no vi a nadie; cuando volví a mirar a Greenville, este había perdido el conocimiento. Hice un amago de coger su pistola, pero estaba demasiado nervioso como para saber utilizarla. La madera volvió a crujir, pero esta vez sonó mucho más cerca que la anterior. Me acerqué de un salto al marco de la puerta y desde allí vi cómo uno de los hombres en pasamontañas se acercaba, subiendo las escaleras lentamente.

CAPÍTULO XVI

Muy despacio, como si estuviese estudiando cada movimiento de su cuerpo, aquel hombre corpulento, vestido de negro de los pies a la cabeza, terminó de subir todos los escalones. Se detuvo al llegar al pasillo y su cabeza se movió, a la vez que el haz de luz de su linterna, buscando algo en el suelo. Después, siguió con la mirada el rastro de sangre que iba directamente hasta la habitación donde Greenville se encontraba inconsciente.

Comenzó a caminar en dirección a la habitación, sin que sus pasos emitiesen ningún sonido. Sujetaba el arma con su mano derecha, mientras la izquierda enfocaba con la linterna el interior de la habitación. Una vez hubo pasado el umbral de la puerta, se detuvo. Había encontrado a Greenville.

—No has llegado muy lejos, inspector —dijo con un tono irónico—. Policías patéticos. ¿Quién está a salvo con vuestra protección? Aquí se acaba tu triste historia, te haré un favor no dejando que te desangres lentamente como un perro. Deberías agradecérmelo, estúpido —añadió en tono amenazante.

Cuando bajó el arma apuntando al maltrecho inspector con la intención de disparar, mientras Greenville permanecía inconsciente apoyado sobre la pared debajo de la ventana, salí de la habitación de diseño y me abalancé sobre él por la espalda. Me había apoderado de una maza corta medieval que había estado expuesta durante años en la pared, y aunque no la había manejado antes, me las arreglé para propinarle un buen golpe en la cabeza, que hizo que el gorila se desplomase como una torre de naipes, provocando un estruendo al golpear en seco el suelo.

«Uno menos», me dije, mientras le observaba tirado en el suelo fuera de combate.

Tomé las abrazaderas que recogían y mantenían las cortinas sujetas a la pared y le até las piernas y las manos a la espalda. Una vez me aseguré de que no sería capaz de moverse, fui a comprobar el estado de Greenville. Respiraba y tenía pulso, por lo que decidí darle unas palmaditas en la cara para intentar despertarle. Cuando abrió los ojos, pareció asustado y desorientado inicialmente, pero después de unos segundos, volvió a hacerse cargo de la situación. Miró al encapuchado y me felicitó.

—Bien hecho, Marco —me dijo con la voz entrecortada por el dolor, mientras se intentaba acomodar contra la pared—. Quítale el pasamontañas, veamos quién es —continuó mientras señalaba el cuerpo.

Lo hice a regañadientes, porque en aquellas circunstancias, para mí no tenía ninguna importancia descubrir la cara de aquel individuo si lo comparaba con ir a por Lucía y comprobar que estaba bien. Pero pensé que tal vez si Greenville le reconocía, nos ayudaría a entender mejor por qué nos estaban atacando. Me costó mover aquella mole de huesos y músculo, pero al final conseguí ponerlo boca arriba. Agarré el pasamontañas de la parte superior y tiré con fuerza de él, dejando al descubierto su rostro. Recogí la linterna del suelo y enfoqué su cara.

Tuve que restregarme los ojos varias veces y volver a mirar otra vez para salir de mi asombro y asegurarme que a quien estaba viendo era realmente el hombre que yo creía que era. Omar... ¿Cómo podía...? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Qué había movido al jefe de seguridad de Blake a volver con los inspectores y atacarnos?

Apesadumbrado por la tormenta de preguntas que se había desatado en mi cabeza, miré a Greenville y le pedí que no se moviese de aquella habitación, volvería con Lucía. Ella podría evaluar la gravedad de sus heridas y decidir qué sería lo mejor que podíamos hacer en su estado. Greenville asintió con la cabeza y me dijo:

—Cuidaré de Omar hasta que vuelvas. No te preocupes por mí, estaré bien. —Y levantó el dedo gordo de su puño derecho.

Apagué la linterna y se la entregué a Greenville. Él podría necesitarla más que yo, que me conocía aquella vieja mansión como la palma de la mano. Muchas veces en mitad de la noche, cuando no podía conciliar el sueño, recorría los pasillos y las estancias de la casa mentalmente una y otra vez hasta que me quedaba dormido. No dejaba de ser curioso que aquel ejercicio mental que desarrollé para conciliar el sueño se hubiera convertido en un arma de tanta utilidad en un momento tan complicado como el que estaba viviendo. Salí al pasillo, estaba en silencio, lo crucé y empecé a bajar las escaleras muy despacio, usando uno de los bordes, quería evitar cualquier sonido que

la madera pudiese hacer al soportar el peso de mi cuerpo si utilizaba la parte central del escalón como había hecho Omar cuando intuí su presencia. Llegué al vestíbulo; en aquella noche de luna llena, la luz del sol se reflejaba a través de aquel astro nocturno en el cielo, entrando en el interior a través de las habitaciones de la fachada principal. El resultado fue que en toda la longitud del pasillo se veían los haces de una luz blanco azulada que incidían en el corredor, a través de las ventanas de la fachada, lo suficiente para mejorar la visión, pero no tanto como para iluminarlo completamente. Permitía que alguien escondido en una zona de sombra entre dos habitaciones pudiese verme y acercarse sin que yo pudiera darme cuenta de ello. Era inquietante, para explicarlo de una forma rápida. La puerta de entrada estaba entreabierta y una corriente de aire frío del exterior entraba a través de ella. Me quedé mirando a la ranura por la que entraba la luz durante unos segundos, preguntándome qué habría pasado con la inspectora García. Una ráfaga de aire frío me devolvió a la realidad y a mi objetivo principal, Lucía. Miré a ambos lados buscando algún movimiento, algún sonido, algo que pudiese delatar al segundo intruso, pero no pude ver o escuchar nada, por lo que anduve con sigilo hasta la puerta de acceso a las bodegas. Lentamente, abrí la puerta y la cerré sin hacer ruido. Bajé los escalones y llegué a la puerta de la bodega de *whisky*. Golpeé la madera dos veces suavemente y esperé, no hubo respuesta. Volví a golpear la puerta otra vez, pero en esa ocasión pronuncié el nombre de Lucía en voz baja, pero tampoco hubo ninguna respuesta. Notaba cómo mi impaciencia crecía al no obtener ninguna respuesta desde el otro lado. Sujeté el pomo de la puerta y con suavidad empecé a girarlo lentamente, pero el pestillo estaba echado, algo que me agradó comprobar. Golpeé la puerta una tercera vez más enérgicamente que en las ocasiones anteriores, pero solo hubo silencio como respuesta. Cuando empecé a buscar algo con lo que forzar la puerta en mitad de la oscuridad, vi una luz aproximarse a través de una ranura entre la puerta y el suelo. Desde el otro lado de la puerta, escuché a Lucía llamándome tímidamente.

—Soy yo, Lucía, abre la puerta —le dije, mientras soltaba una pequeña barra de hierro que había arrancado de una de las repisas.

El cerrojo se deslizó lentamente y la puerta se abrió. Allí estaba sujetando un antiguo candil. La razón de mi existencia, el porqué de mis llantos y mis risas, la primavera y el otoño, el verano y el invierno, la única estrella de todo el firmamento estaba a salvo. Frente a mí, iluminada por la tenue luz que la llama desprendía y mirándome con esos enormes ojos verdes. No pude contenerme y corrí a abrazarla. Ella estaba bien y nada más importaba. Lucía también me abrazó, y al hacerlo con la fuerza que lo hizo, comprendí

inmediatamente lo preocupada y asustada que había estado en mi ausencia. Permanecimos abrazados durante un tiempo, como si al hacerlo, de alguna manera, nos liberase de la tensión que soportábamos en la situación en la que estábamos envueltos. Fui yo el que rompió el silencio después de un tiempo; sujetando sus manos sobre las mías le dije:

—Lucía, mi amor, son los escoltas de Blake los que nos han atacado, uno de ellos es Omar, pero entre Greenville y yo nos hemos encargado de él.

—¿Le habéis matado? —me preguntó Lucía con angustia.

—No, cariño, está inconsciente y amordazado en una de las habitaciones de invitados del piso superior —le dije mientras veía en su cara una expresión de alivio.

—¿Cómo está Greenville? —me preguntó inmediatamente.

—Un poco magullado, pero creo que saldrá de esta. Tienes que venir conmigo y examinar sus heridas. Estuvo inconsciente durante unos minutos y eso me preocupa —le dije; mientras ella me miraba con atención.

—Cuando tú me digas, Marco, estoy preparada —contestó, a la vez que el gesto en su cara se endurecía, pensando en nuestra siguiente empresa.

—No hay tiempo que esperar —dije mientras me daba la vuelta y la sujetaba con la mano izquierda.

—Vamos —dijo ella con voz segura.

Apagamos el candil y subimos las escaleras en silencio. Abrí la puerta muy lentamente y eché un vistazo al pasillo. Todo continuaba sumido en aquella calma tensa que reinaba en toda la casa.

—Ahora, en absoluto silencio, vamos al piso superior —le susurré a Lucía.

Ella asintió con la cabeza y fijó su mirada en las escaleras. Corrimos hasta las escaleras y nos detuvimos un momento, no pude escuchar nada aparte de los latidos de mi corazón a todo galope.

—Ahora, muy despacio y usando solo el lateral de los escalones, vamos a subir lentamente hasta arriba sin detenernos. Si escuchas algún ruido, aprieta mi mano con fuerza y detente —le susurré a Lucía, que volvió a asentir con la cabeza sin desprender una palabra.

Subimos las escaleras sin hacer ruido y nos volvimos a detener al llegar al piso superior. Miré a ambos lados del corredor, que se encontraba sumido en la más absoluta oscuridad y no vi ni oí nada. Dudé varias veces antes de cruzar, porque sentí que realmente en aquel punto nos expondríamos a cualquiera que pudiese estar escondido en el pasillo, esperando ese momento en el que seríamos vulnerables. Finalmente, decidí cruzar tan rápido como nos fuera posible a la habitación donde había dejado a Greenville; si éramos lo

suficientemente rápidos, y si había alguien allí, no le daríamos tiempo para atacarnos.

—A la cuenta de tres, cruzáremos rápidamente a la habitación de enfrente, tiene la puerta abierta —le dije a Lucía en voz baja.

—Vale —me contestó ella con un susurro.

Hice la cuenta atrás golpeando suavemente con los dedos sobre el dorso de su mano y, al terminar, salimos disparados hacia el dormitorio donde nos introdujimos sin vacilar. Mi plan se fundamentaba en un curioso detalle que los encapuchados desconocían por completo: el piso superior aún poseía corriente, gracias a la existencia de un segundo circuito eléctrico completamente independiente al de la planta inferior. Un verdadero fastidio que, en su día, demoró significativamente a los operarios durante los meses que duraron los trabajos de restauración de la propiedad, y que aquella noche, dadas las circunstancias, se había convertido en un inesperado, pero muy apreciado, as bajo la manga. Y así, con esa pequeña ayuda, una vez que nos encontrásemos dentro de la estancia, podríamos cerrar la puerta y colocar el edredón, o las sábanas de la cama sobre el suelo para bloquear el resplandor que pudiera escapar de la habitación a través del espacio existente entre la puerta y el piso. Y solo cuando aquella ranura estuviese cubierta completamente, tendríamos la seguridad necesaria para encender las luces de la habitación con libertad, y de ese modo, poder auxiliar a Greenville con calma. No tenía tiempo para explicarle todo aquello a Lucía, por lo que le pedí que cerrase cuidadosamente la puerta mientras que yo retiraba el edredón de la cama. Una vez escuché la puerta cerrarse, extendí el edredón sobre el suelo y le dije a Lucía que en aquel momento sería seguro encender la luz. Me acerqué a la mesilla situada a la derecha de la cama y encendí la luz. Me volví, y lo que encontré allí me dejó desconcertado, era imposible darle una explicación a lo que estaba pasando en nuestra casa. Fui incapaz de articular una sola palabra para Lucía, que me miraba confundida.

CAPÍTULO XVII

Greenville había desaparecido, y lo que era aún peor, Omar también. No había ni rastro de ninguno de los dos. ¿Dónde podían haber ido? Greenville estaba mal herido y se movía a duras penas. ¿Y Omar? Le había atado fuertemente y estaba inconsciente cuando los dejé. Solo habrían pasado unos diez minutos desde que salí en busca de Lucía y, en ese corto espacio de tiempo, ambos habían desaparecido. ¿Qué clase de broma pesada me estaba gastando el destino?

Sin esperar un segundo más, eché las cortinas y me acerqué a Lucía para explicarle la situación. No entendía nada de lo que estaba ocurriendo en nuestra casa, no tenía ningún sentido, pero de alguna manera fue la gota que colmó el vaso y me ayudó a tomar una decisión que quizás debí haber tomado mucho tiempo atrás. No había duda, era el momento de abandonar la casa y buscar un sitio seguro.

—Lucía, nos vamos, no podemos seguir dando vueltas por la casa, jugando al gato y al ratón con los matones de Blake — dije, mientras trataba de disimular mi angustia.

—¿Y qué pasa con los inspectores? ¿Los dejamos aquí? Pensaba que Greenville estaba malherido. ¿Cuál es el plan, Marco? —me preguntó Lucía casi sin respirar.

—Es complicado, Lucía. La prioridad es abandonar la casa, aquí estamos en peligro —contesté.

—Marco, si tenemos que marcharnos, tendremos que ir al garaje a coger uno de los coches, y para eso solo tenemos dos opciones. Una sería bajar al vestíbulo y llegar a la cocina, de allí salir al patio posterior y rodear la casa, pasando frente a la casa del servicio hasta llegar al garaje. Y la segunda opción sería bajar al vestíbulo y salir al

jardín a través de la puerta principal, una vez fuera andar, o mejor dicho, correr a lo largo de la fachada principal hasta llegar al garaje. En ambos casos, hay un largo camino que recorrer —me dijo Lucía con sus ojos fijos en algún punto de la habitación, mientras su mente volaba perdida muy lejos de allí.

—Lucía, esta noche hay luna llena y eso cambia un poco las cosas, aunque no estoy seguro de qué camino es el más seguro. Con el primero estaríamos al amparo de la oscuridad hasta llegar prácticamente al garaje, aunque en el pasillo de abajo hay zonas donde entra bastante luz y el trayecto sería más sinuoso. Con el segundo estaríamos expuestos nada más salir por la puerta principal pero sería mucho más directo. No sé qué nos beneficiaría más: permanecer en la oscuridad y tardar más en llegar al garaje o exponernos saliendo al jardín de la fachada principal y correr tanto como podamos hasta el garaje —añadí.

—Si hubiese aparcado mi coche a la puerta como hago algunas veces... —dijo Lucía con un tono de reproche.

—Claro, ¡eso es, cariño! Saldremos de aquí en uno de los dos coches aparcados a la puerta —dije mientras miraba a Lucía con satisfacción.

—¿Y qué vamos a hacer con García y Greenville? ¿Definitivamente los dejamos aquí?

—No sé, Lucía. Ellos son policías y saben cuidarse de sí mismos solos. Nosotros no estamos armados ni tenemos ninguna experiencia en este tipo de situaciones. Lo que estamos haciendo nosotros se llama supervivencia, nada más, y nuestra supervivencia ahora se basa en abandonar la casa cuanto antes —contesté.

—Pero no sabemos si están malheridos y necesitan nuestra ayuda —replicó Lucía.

—Mi amor, es demasiado peligroso, podríamos estar dando vueltas a la casa buscándoles toda la noche y no encontrarles jamás. Con el riesgo de toparnos con alguno de los esbirros de Blake y tener problemas. Esta vez tendremos que confiar en que estarán bien, ellos saben lo que hacen. Vamos, Lucía, no hay tiempo que perder, salgamos de aquí cuanto antes —dije mientras me dirigía a apagar la luz sin darla tiempo a contestar.

Apagué la luz y Lucía retiró el edredón del suelo. Ambos nos preparamos para salir de la habitación y llegar al coche de policía aparcado a la puerta.

—¿Estás lista? —le pregunté a Lucía en la oscuridad de la habitación.

—Estoy lista, Marco, cuando quieras —me contestó su dulce voz.

—Bien, salgamos de aquí, cariño —dije mientras empezaba a girar el pomo de la puerta.

Abrí la puerta lentamente y ambos salimos al corredor. Todo estaba en silencio hasta el punto que me hizo pensar si realmente aquella gente se había marchado y estábamos solos. Pero no tardé mucho en descartarlo cuando un estruendo sonó en el piso inferior y ambos quedamos inmovilizados en medio del pasillo. Fue como el sonido que emite una bombilla al estallar, pero multiplicado por cien. No fue el cristal de una ventana, no fue un jarrón o el ruido de los cristales de una vitrina rompiéndose. Sonó como si al romperse el cristal, este estuviese conteniendo aire a otra presión y, al estallar, el aire encerrado en el interior se hubiese liberando, produciendo ese sonido redondo tan particular y característico. Sonó como si hubiesen reventado una de las urnas. Eso era, estaban en la sala de armas robando los cascos. Seguíamos en el pasillo, atrapados, sin saber qué hacer. Si bajábamos en ese momento, nos podían ver, y eso era lo último que quería, pero sin nos quedábamos allí, aquellos dos hombres tardarían horas en llevarse toda la colección, lo que sin duda extendería su visita hasta más allá del amanecer. Si llegaba el nuevo día y los ladrones continuaban allí, sería mucho más difícil ocultarnos y abandonar la casa que durante la noche. Por lo que íbamos a contrarreloj y cada vez nos quedaba menos tiempo para poder marcharnos. Deseé que los inspectores hubieran estado allí, tanto que llegué a sentir odio hacia ellos. Iba a exponer a Lucía a un futuro incierto en el que podía resultar herida y yo no poseía otra arma más que la improvisación para luchar contra ellos y pasar la dura prueba que la vida nos estaba poniendo. No teníamos elección, debíamos salir tan pronto como nos fuera posible; si esperábamos, no estaríamos a salvo. En un segundo, decidí el plan y se lo expliqué a Lucía en medio de aquella casi total oscuridad. Yo bajaría primero y me aseguraría de qué coche debíamos tomar, mientras, Lucía esperaría sin moverse de allí a mi señal. Una vez que ella bajase, yo le diría qué coche nos llevaríamos y ella se dirigiría inmediatamente hacia él y lo pondría en marcha. Yo me quedaría detrás para obstaculizar tanto como pudiese el camino de los asaltantes en caso de que quisieran perseguirnos. El razonamiento que justificaba mi plan se basaba en que si los ladrones estaban lo suficientemente ocupados desvalijando la habitación, quizás no reparasen en dos sombras cruzando el vestíbulo en medio de la oscuridad. Y una vez fuera, cerraría la puerta y la bloquearía desde el exterior con uno, o si podía, dos de los paraguas que teníamos a la entrada y que usábamos para nuestros paseos bajo la lluvia. Aunque bloquear la puerta con ellos no detendría indefinidamente a los hombres de Blake, al menos, les retrasaría lo suficiente para que pudiésemos escapar con cierto margen de tiempo.

Repasé el plan una vez más con Lucía antes de dirigirme al piso inferior; no podíamos permitirnos ningún fallo. Después de hacerlo,

besé sus labios y comencé a bajar muy lentamente mientras escuchaba los ruidos provenientes de la sala de armas, donde la actividad continuaba sin cesar. Llegué al vestíbulo y vi la puerta de entrada prácticamente abierta en su totalidad; a través de ella, la luz de la luna se colaba en el interior de la casa creando sombras fantasmagóricas que se proyectaban sobre el suelo. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo en aquel instante, pero no fue suficiente como para frenarme, y continué sin más. Terminé de bajar el último escalón y me detuve un instante para tomar aliento antes de proseguir con lo establecido. En aquel momento, las fuerzas estaban equilibradas y la aguja en balanza apuntaba justo al centro; ellos se encontraban a tan solo unos metros de mí, pero ignoraban mi presencia, y yo sabía dónde estaban, pero me hallaba totalmente desprotegido ante ellos. Mientras reunía el valor necesario para dar el siguiente paso, pensaba que en Oxford no nos preparaban para días como esos y que la vida, a veces, tenía giros injustos y despiadados difíciles de asimilar. Lo único que me movía y me daba el ánimo suficiente para afrontar cualquier infortunio que el destino me tuviese preparado era Lucía. No importaba la forma o el modo, ni tampoco hasta dónde tuviese que llegar para conseguirlo, porque me había prometido a mí mismo que ella estaría a salvo antes de que las primeras luces del nuevo día tocaran el firmamento, y así sería.

Apoyé la espalda en la pared y fui deslizándome poco a poco hasta que llegué a la sala donde aquellos indeseables continuaban con su vil tarea. Asomé la cabeza dentro de la habitación y solo vi a uno de espaldas, en el rincón más alejado, ocupado con la colección de puntas de lanzas, flechas y otras armas arrojadizas. No era Omar, y aún llevaba el pasamontañas puesto. Parecía que se habían tomado su tiempo en preparar aquel golpe, porque portaba una caja negra con varios departamentos, donde estaba depositando cuidadosamente cada uno de los objetos que tomaba del expositor; en el suelo, también había varias bolsas de tela negra colmadas con objetos. De alguna manera, me agradó que fuese tan cuidadoso con las puntas de lanza que estaba recogiendo en ese momento, ya que me costó mucho tiempo y dinero reunirlas. Quizás, también porque estaría ocupado durante un rato con ellas, y si continuaba desvalijando el resto de la colección a ese ritmo y con la misma dedicación, Lucía y yo podríamos salir de allí sin ningún problema.

Crucé al otro lado de la puerta, donde él no me vería mientras avanzaba hacia la salida. Una vez allí, miré una última vez hacia atrás para asegurarme de que no había sido visto y que el ladrón continuaba en el interior de la habitación. Todo marchaba sobre ruedas, parecía que desarrollar nuestro plan iba a ser más fácil de lo que esperaba y, por un momento, respiré el aire de la libertad y nos

imaginé a los dos muy lejos de allí. Salí al exterior, hacía frío, y la luna bañaba con su luz todo cuanto alcanzaba a ver. Me acerqué con sigilo al coche de policía, abrí la puerta del conductor con cuidado y me introduje en su interior. La radio estaba destrozada y no había ninguna llave en el contacto. Registré la guantera y alguno de los compartimentos alrededor del volante y en las puertas, pero no encontré nada, también miré sobre la visera, pero tampoco hubo suerte. Fue decepcionante y la frustración se apoderó de mí al instante, abrasándome por dentro, porque en un suspiro, nuestras posibilidades de escapar se habían reducido dramáticamente a una sola carta.

Ahora solo quedaba el otro coche, el de los malnacidos que habían irrumpido en nuestra casa disparando y en ese momento saqueaban nuestras vitrinas sin pudor. No quería pensar en ello, pero, si corríamos la misma suerte que con el de los inspectores, las opciones de abandonar la casa se complicarían seriamente, y eso significaría tener que idear una nueva estrategia con todo lo que implicaba dadas las circunstancias. Me acerqué con cautela al siguiente vehículo y abrí la puerta, alargué mi mano lentamente hasta llegar al contacto y… ¡bingo! Las llaves estaban puestas. En un segundo, mi cuerpo pasó de la angustia a la más absoluta felicidad, rebosaba euforia por todas partes porque, dejando a un lado esos momentos de tensión, el plan estaba yendo a la perfección; muy pronto estaríamos lejos de allí y aquella noche solo sería un mal sueño. Junté la puerta para que Lucía no tuviese que abrirla y me dirigí hacia el interior, donde ella me esperaba. La luz de la luna iluminaba la fachada principal de la casa dejando en penumbra la zona bajo el porche, aquel efecto creaba una imagen terrorífica de la puerta de entrada, dándole el aspecto de ser el acceso a una tumba maldita, donde el desasosiego y las más atroces de las desgracias esperaban impacientes mi desdicha.

Continué andando hacia el malvado sepulcro, y cuando estaba a punto de adentrarme de nuevo en la casa, un alboroto procedente del lago me hizo retroceder y girarme para mirar en aquella dirección. Algunas de las estúpidas ocas que vivían en el lago decidieron que aquel era el mejor momento para resolver sus diferencias y formar un escándalo que me puso la piel de gallina y me hizo saltar del susto. Después del alboroto, instintivamente eché una rápida mirada a mi alrededor. La sensación que tenía era como si aquel altercado hubiese sido culpa mía y por ello, tuviese miedo de que alguien me hubiera visto, gracias a la disputa de las condenadas ocas, pero tras esa rápida inspección comprobé que todo permanecía en calma; la noche allí fuera volvía al silencio y la normalidad.

Después de que todo volviese a la serenidad con la que me encontré al salir, me tranquilicé y me volví para dirigirme hacia la entrada y

continuar con el plan. Pero allí, al umbral de la misma, fijos en mí, brillando como dos estrellas perversas en la oscuridad, los ojos cristalinos, casi inhumanos, del encapuchado me miraban desafiantes, augurando desconcierto y un futuro lleno de incertidumbre.

CAPÍTULO XVIII

Yo me quedé inmóvil, paralizado, ante aquel hombre que me doblaba en tamaño y me estudiaba en silencio, mientras yo era incapaz de reaccionar. Una maraña de preguntas sin respuesta se apelmazaba en mi cabeza, colapsando cualquier tipo de reacción. Sentía como si mis piernas estuvieran anquilosadas al suelo y mis brazos jamás se hubieran encontrado unidos al resto de mi cuerpo. Estaba perdido, atenazado, presa de mi propia indecisión.

La situación empeoró cuando aquel ogro se agachó lentamente sin perderme de vista para depositar una bolsa de tela sobre el suelo, que por el sonido que emitió, supuse que era una de las que había visto anteriormente llenas de objetos de nuestra colección. De la misma manera, se incorporó poco a poco y empezó a andar hacia mí, se movía con parsimonia mientras me observaba, mientras decidía en qué momento se abalanzaría sobre su presa. Por fin, Dios se apiadó de mí, y una brisa de aire gélido me abofeteó la cara, despertándome del letargo en el que había estado sumergido. Al instante, sentí cómo volvía a recuperar el control, cómo rebosaba adrenalina por todas partes y cómo volvía a ser yo. No había otro camino o alternativa más que deshacerme de él y, de alguna manera, tomar la decisión fue un alivio que generó una ola de intenso calor en mi cuerpo y me inundó de seguridad en mí mismo. En ese momento tuve la seguridad de que sería capaz de hacerlo, dejaría a aquel mastodonte fuera de juego de la misma forma que hice con Omar; era el último escollo que tenía que pasar antes de conseguir nuestra ansiada libertad. Si ese secuaz quería pelear, se iba a arrepentir de haber venido a nuestra casa.

Ahora, ambos nos movíamos frente a frente describiendo un

círculo, éramos como dos gatos a punto de saltar uno sobre otro y enzarzarse en una pelea a muerte. El círculo se hacía más pequeño y el espacio se reducía más y más hasta que llegamos a un punto en el que la distancia que nos separaba era crítica, la pelea era inminente.

Él tomó la delantera, lanzándome un puñetazo con la derecha que pude esquivar a duras penas en medio de la semioscuridad en la que nos encontrábamos. Rápidamente se rehízo del fallo, girando sobre sí mismo y golpeándome fuertemente en la espalda con su antebrazo izquierdo. Me aparté tan rápido como pude lejos de él, a una distancia prudencial, sentía algo de dolor en la espalda y tardé un poco hasta que pude recuperar la respiración. Estaba claro que no iba a ser nada fácil vencer a aquel animal, solo con aquel movimiento demostró que era más ágil de lo que se podía intuir por su corpulencia y que tenía experiencia en la lucha cuerpo a cuerpo, ¡todo eran buenas noticias! Qué alentador.

Allí estábamos los dos solos, envueltos en aquel combate en medio de una fría noche inglesa bajo el porche de la entrada, en silencio, cuando solo se escuchaba el ruido de nuestras respiraciones, acompañado por el vapor que salía de nuestras bocas.

Yo, defendiendo a mi mujer, mi casa, mi vida y nuestros recuerdos, las antigüedades que habíamos ido rescatando con tanta ilusión a lo largo de los años. Él, seguramente pensando en la importante suma de dinero que obtendría por aquellas piezas de coleccionista, pensando que tal vez después de aquello podría retirarse, que estaría cansado de duelos en casas ajenas y que se desharía de mí con un par de golpes más antes de terminar con su trabajo. «Momentos de la vida», pensé.

Continuamos observándonos cara a cara mientras manteníamos la distancia. Yo empecé a pensar que tenía que atacar, tenía que enseñarle a aquel hombre que poseía mis armas, que no iba a ser tan fácil de vencer como él pensaba. Decidí que intentaría engañarle con un doble golpe, arremetería con un primer puñetazo que serviría para distraer su atención del golpe principal que vendría inmediatamente después. Vi la secuencia en mi cabeza y me lancé sin pensarlo más hacia mi adversario. Mientras yo había estado tramado mi ataque, no caí en la cuenta de que él se había situado justo por delante de la bolsa de tela que traía en el momento en el que nos encontramos, y cuando yo volaba hacia él seguro de mi suerte, simplemente tomó la bolsa cargada con las puntas de lanza, flechas y demás objetos metálicos y me la lanzó a la cara. Al ver aquel objeto negro aproximándose a toda velocidad hacia mí, no me quedó más remedio que cubrirme cruzando los brazos para protegerme el rostro, con lo que mi ataque quedó frustrado y acabo siendo otra defensa. Cuando rechacé la bolsa, esta cayó al suelo e inmediatamente aparté los brazos de la cara para poder ver y valorar la situación, pero lo único que vi

fue su puño, que me golpeó en la cara con tal fuerza, que en vez de un puñetazo, sentí como si un tren me hubiese arrollado la cabeza. Fue tal el impacto que me hizo salir volando de espaldas y caer en el suelo conmocionado. Mientras volaba por el aire, sin estar seguro de si mi cara seguiría de una pieza o si por el contrario dejaría en el paro al hombre elefante la próxima vez que el circo pasase por el pueblo, empecé a pensar que realmente no tenía muchas posibilidades de vencer a aquel oso yo solo; era inexpugnable, pero a la vez no tenía otra opción, me encontraba en un callejón sin salida y debía seguir intentándolo mientras tuviera fuerzas. Aterricé en el suelo de mala manera, golpeándolo con todo el peso de mi cuerpo. Estaba aturdido por el puñetazo y no pude acomodarme para amortiguar la caída. Tumbado boca arriba sentía el firme helado en mi espalda, mis ojos seguían abiertos, pero mi visión estaba nublada, y noté cómo la sangre brotaba de la comisura de mis labios y corría a través de la barbilla y mi cuello. A duras penas, me intenté incorporar, apoyando los codos sobre las centenarias baldosas de piedra de la entrada. Mi vista tardó en aclararse un tiempo, y cuando lo hizo, pude distinguir el perfil de aquella bestia que me miraba fijamente.

—Venga, Marco, que te están esperando —dije en tono irónico—. Y no es correcto hacer esperar a los invitados —añadí entrecortado, con unas risas al final.

Él permaneció en silencio e inmediatamente comenzó a acercarse, todavía no había terminado conmigo, quería más. Yo intenté levantarme, pero seguía aturdido y mi equilibro era nulo. En mi cabeza imaginé que me golpearía otra vez y perdería el conocimiento.

—Al menos, espera a que me ponga en pie —le dije.

Y sorprendentemente aquella frase tuvo efecto, porque el gorila se detuvo, incluso retrocedió un par de pasos y esperó. Yo me rehíce poco a poco, hasta que me levanté por completo. Una media sonrisa se apoderó en mi rostro cuando pensé que, no estaba dispuesto a perder aquella batalla tan fácilmente y que tendría que recibir al menos unos cuantos golpes más para vencerme, porque no veía bien y todo me daba vueltas, pero aún así, estaba listo para continuar hasta que no me quedase nada.

Él comenzó a acercarse otra vez; ahora venía directo hacia mí, no necesitaba estudiarme más, porque sabía que tenía la victoria casi asegurada. Levanté los puños para prepararme, y cuando estaba a punto de abalanzarse sobre mí, vi una imagen fugaz, alguien salió corriendo a través de la puerta de la casa y saltó sobre la espalda de mi adversario. ¡Era Lucía! Sí, era ella, con su jersey de cuello blanco y sus *leggins* negros, pero... Mi alegría se nubló al instante cuando me di cuenta de la situación. Lucía se encontraba en grave peligro, aquel animal, al que ni siquiera había podido rozar, se revolvía sin parar

sacudiendo sus hombros hacia uno y otro lado, con la intención de zafarse de ella. Antes de que pudiese hacer nada, en una de las sacudidas, Lucía salió despedida, golpeándose contra el suelo y quedando tendida en el mismo. Aquella secuencia que presencié me desgarró el corazón, grité su nombre al verla salir despedida y el sonido de su cuerpo caer sobre el suelo me llenó de rabia y desató un sentimiento que no había experimentado jamás, una ira irracional, era la expresión más sincera del puro odio. Aquella nueva dimensión no explotada de mi ser alivió mi dolorido cuerpo instantáneamente, mi visión había vuelto a ser normal y mis músculos estaban impacientes por hacer pedazos a esa escoria.

La mole tenía la cara girada hacia Lucía que yacía inconsciente, y en ella, había una sonrisa que desapareció tan pronto como vio la bolsa con los objetos robados volando a medio centímetro de su cara. Aquella bolsa de tela llena de piezas de hierro y otros metales impactó en su rostro sin que él pudiera hacer nada para evitarlo. El golpe lo dejó aturdido, pero no le hizo caer, continuó de pie. Mi furia aún no había saciado su sed de venganza y, como un lanzador de peso olímpico, aproveché la inercia del primer golpe para girar rápidamente sobre mí mismo con los brazos extendidos y hacer que la bolsa y su contenido girase, tomando gran velocidad hasta que paró en seco contra la cabeza de aquella alimaña. Al principio, no mostró indicios de haber sufrido daños después del segundo impacto, porque se quedó como inmóvil, pero solo un par de segundos más tarde, los efectos de mi segunda embestida se hicieron visibles cuando se desplomó y cayó sobre sus rodillas. No era suficiente, después de todo el dolor que nos había causado, por lo que di un paso atrás y comencé a girar dando tres o cuatro vueltas completas sobre mí mismo antes de descargar el peso del metal contra su rostro ya magullado, una vez más. Esta vez, inconsciente, la torre se desplomó sin remedio contra el suelo, donde quedó vencido. Aunque seguía furioso con él, tanto que incluso pensé en entrar dentro de la casa para buscar algo más con lo que agredirle, al ver a Lucía allí tendida en el suelo, la bestia sedienta de sangre en la que me había convertido, dejó paso a la parte humana que volvió a tomar el control. Corrí a su lado para comprobar que el pulso de Lucía era normal, cómo su respiración, por lo que comencé a llamarla por su nombre, a la vez que le acariciaba el pelo. Ella abrió los ojos tímidamente y me sonrió.

—¿Podemos irnos ya, Marco? —me preguntó como saliendo de un sueño.

—Claro que sí, cariño —contesté feliz de ver que estaba bien.

Nos ayudamos mutuamente a levantarnos y anduvimos hasta el coche. Abrí la puerta del copiloto y Lucía se sentó. En el suelo, había una bolsa similar a la que el ladrón llevaba con las piezas de metal,

aunque esta era más grande, contenía algo mayor. Ella la tomó y la colocó sobre su regazo. Tiró del cordón y descubrió lo que guardaba en su interior. Con sorpresa, encontramos el casco de Godofredo, la razón por la que los hombres de Blake habían vuelto a nuestra casa.

Lucía, tan sorprendida como yo tras el hallazgo, miró a su alrededor y me pregunto:

—¿Vamos a robar el coche a los ladrones? —Con una media sonrisa.

Yo solté una carcajada y le contesté:

—Se lo merecen, ¡ahora que se vuelvan caminando con todo lo que nos hayan robado! —Y los dos nos reímos juntos.

CAPÍTULO XIX

No conseguía explicarme cómo podía haber olvidado algo así. Quizás la respuesta estaba en que mi mente simplemente intentó desterrar los recuerdos de una experiencia tan traumática como esa, para que no me hiriesen más. Era increíble. No salía de mi asombro.

Recordando aquella terrible noche, llegué cabizbajo de vuelta al jardín principal. La tormenta había perdido intensidad, pero aún seguía lloviendo con fuerza, los relámpagos continuaban sucediéndose y tras ellos, inseparables, los truenos.

Me detuve al llegar al jardín, había recordado que el enigma del embarcadero continuaba sin estar resuelto y tenía que decidir si iba derecho a casa o si extendería la excursión un poco más y lo descifraba de una vez. Decidí que había tenido suficiente y que llamaría al hospital para preguntar si Lucía estaba aún trabajando. Si no estaba allí, debería haber llegado a casa hacía ya tiempo. A no ser que hubiese tenido algún problema en la carretera o se hubiera entretenido con los compañeros después de trabajar, porque durante mi paseo por el bosque no vi ni oí su coche blanco pasar.

Cuando continuaba caminando hacia la casa, volví a pensarlo mejor y decidí ir al embarcadero. ¿Quién había dejado su bote allí? ¿Y dónde estaba el mío? Ya que estaba allí fuera, no tardaría nada en echar un vistazo que saciaría mi curiosidad, al menos hasta que pudiese hablar con Arthur. Y también pensé que, a esas alturas, caminar bajo la lluvia un poco más no iba a cambiar nada, y mientras seguía entretenido por allí, Lucía aparecería con su coche en cualquier momento. Por lo que anduve hasta la zona techada del embarcadero, y una vez allí, me detuve y me coloqué la americana, mientras

comenzaba a inspeccionar los detalles de la embarcación.

Era un tipo de lancha de pesca bastante moderna, no había visto nada parecido anteriormente. Tenía un volante, y sobre el salpicadero, al lado de este, había una palanca acompañada de tres relojes y dos hileras de botones de color azul, rojo y ámbar. También había dos asientos deportivos de cuero negro, y en la parte posterior lo que parecían dos motores. El principal, más grande y cubierto con una voluminosa carcasa, estaba situado en la zona central. El otro, mucho más pequeño, se encontraba fuera del agua unido a un pedal a través de un cable sobre el suelo de la barca. Era demasiado pequeño para ser un motor auxiliar, por lo que imaginé que su función debería ser muy específica, como por ejemplo, para aproximarse a la zona en la que se desease pescar sin hacer tanto ruido con el fin de no ahuyentar a los peces. Algo, que de estar en lo cierto, me pareció un avance muy inteligente.

¿Y cuál era su nombre? Por fin, el enigma iba a ser revelado después de haber sido incapaz de distinguirlo durante la mañana, cuando con aquel viejo catalejo de Trafalgar, y desde la ventana de la biblioteca, forcé en vano tanto como pude mis ojos sin lograr sortear la distancia que nos separaba.

Sin más dilación miré hacia uno de los costados, y lo que vi, me dejo petrificado:

TRUCHA ROYAL

¿Qué? ¿Ese nombre? ¿Quién conocía ese nombre aparte de Max y Lucía? Jamás había hablado de ello a ninguno de los pescadores de la zona, era nuestra invención secreta de la niñez. Y nunca nadie me había contado nada relacionado con aquella leyenda, simplemente era algo desconocido en esa región. No sabía qué pensar. Estaba confundido.

Me detuve unos minutos al pie de la barca reflexionando, mientras continuaba mirando aquellas dos palabras. Era simplemente imposible, no había explicación para aquello. Me di la vuelta y pensé en ir a preguntar a Arthur. Era desconcertante, demasiado como para poder esperar un segundo más. Abandoné el embarcadero, atribulado por mi hallazgo, y pensando sobre quién podría haber elegido ese nombre para una barca de pesca.

Los relámpagos seguían sucediéndose, iluminando la zona por donde la tormenta continuaba descargando su cólera. Me dirigía decidido hacia la casa del servicio donde sin duda encontraría a mi mayordomo. Era tarde y seguramente ya se habría retirado hasta el día siguiente. Esta vez no tenía escapatoria.

Cuando iba caminando frente el ala este de la mansión fijo en mi

único objetivo, uno de aquellos relámpagos iluminó la fachada, descubriendo algo que me sobresaltó y me llenó de tal pánico que me quedé inmóvil.

Los muros de la casa estaban completamente tomados por plantas enredaderas, habían crecido por todas partes, respetando únicamente las ventanas y la puerta principal. De hecho, hubiera jurado que alguien las había cuidado con esmero para que creciesen y vistiesen la casa de aquella manera. ¿Qué estaba pasando allí? ¿Qué clase de pesadilla estaba viviendo? No comprendía nada, mi entendimiento no era capaz de asimilar aquella locura.

Corrí presa del desconcierto hasta la casa del servicio. Abrí la puerta y entré sin llamar, necesitaba una explicación urgentemente. Las luces estaban encendidas, pero, como en otras ocasiones, no hubo ninguna reacción a mi llegada, nadie vino a recibirme o se quejó de mi repentina aparición. Entré a la cocina, donde había dos platos con comida recién preparada y una botella de vino blanco descorchada, pero la habitación estaba vacía. Llamé a Arthur varias veces con voz temblorosa, pero solo escuché silencio, mientras mi razón se batía en duelo contra aquellas imágenes que me abrumaban. La fachada de la casa tapizada por aquellas plantas que debieron necesitar años para extenderse como lo habían hecho, y el nombre impreso sobre el lateral de la barca, únicamente nuestro abuelo, Max y Lucía lo conocían. ¿Qué estaba ocurriendo?

Entonces, decidí que esta vez no esperaría, subiría a la parte superior, incluso si me encontraba a Arthur desnudo bailando una polka rusa sobre la cama de estilo Don José I. Nada me importaba ya, tenía que encontrar la respuesta a aquel delirio.

Subí las escaleras corriendo y registré las habitaciones una tras otra sin encontrar a nadie. Llegué hasta el final del corredor y entré en la sala que Arthur utilizaba como oficina, empecé a revolver todos los papeles que encontré, sin saber realmente qué intentaba localizar. Estaba desesperado, confundido por todo lo que acababa de ver. Abrí los cajones, revisé las estanterías, busqué en los armarios, pero no encontré nada. Había arrojado al suelo todo cuanto había encontrado a mi paso, daba la sensación de que la tormenta que se alejaba hacia las montañas se había desatado con toda su ferocidad únicamente en aquella habitación. Cuando no quedaba nada que registrar, giré sobre mí mismo, observando el desastre que había causado y caí rendido en el suelo sobre mis rodillas. Me llevé las manos a la cara y grité con todas mis fuerzas.

Después de un tiempo, me calmé un poco y comencé a mirar en el caos que había a mi alrededor. Entre todos los libros, cuadernos y hojas de papel que sembraban el suelo, encontré una carpeta de piel negra que contenía un montón de papeles que sobresalían arrugados y

desordenados por los laterales. Abrí la carpeta y comencé a leer la primera hoja que encontré:

Tengo la sensación de no estar solo en esta casa, a menudo me siento observado y tengo que cantar o tararear algo para superar el miedo que me produce. Armarios, cajones y puertas aparecen abiertos por causas desconocidas. Amo esta casa por lo que significa, pero no estoy seguro de poder convivir con algo que supera mi imaginación...

Tembloroso cogí otra hoja y empecé a leer.

Mi mujer Rachel cree sentir la presencia de alguien y lleva unos días bastante inquieta. Ha ocurrido varias veces en la cocina, yo intento disimular para que no se asuste, pero en muchas ocasiones me resulta difícil asimilar lo que está sucediendo. Han sido ya varios días en los que, después de cocinar algo para comer o cenar, Rachel ha tenido que abandonar la cocina por algún motivo, y al volver, se ha encontrado la comida esparcida sobre la mesa o el suelo cerca de donde la dejó preparada. Los platos, copas y cubiertos aparecen desplazados a otros lugares de la cocina, y alguna vez, incluso en la biblioteca donde...

Hice pedazos aquella hoja de papel y busqué otra entre el montón.

Nadie quiere venir a cuidar del jardín o ayudar con la casa, incluso ofreciéndoles una fortuna; las gentes de los pueblos cercanos conocen la triste historia de mi querido hermano Marco, que perdió la vida trágicamente después de salvar a su mujer Lucía. Fue un golpe muy duro para todos nosotros, y también para ellos, que los conocían y adoraban por su sencillez…

Tomé la carpeta y la arrojé fuera de la casa rompiendo el cristal de la ventana. Me quedé en silencio.

Transcurrido un tiempo, no sé cuánto, miré hacía el techo, y después a las paredes de mí alrededor. Colgado en una de ellas, vi un pequeño calendario hecho de madera. Me levanté rápidamente sin pensarlo y miré la fecha, 18 de diciembre de 2014...

Guardé silencio y agaché la cabeza. Luchando por mantener unidos los añicos de mi cordura, miré mis manos, y estas eran reales. Miré mis piernas y los pantalones que las vestían, y también eran reales. Me llevé las manos a mi americana, y también era real. Pero rápidamente caí en la cuenta de un detalle que no pude explicar, y es que a pesar de aquella poderosa tormenta y el diluvio que trajo con ella, mis ropas

siempre habían permanecido completamente secas.

Y como si no me hubiera dado tiempo a asimilarlo, mi mente volvió a un detalle que acababa de leer.

… la triste historia de mi querido hermano Marco, que perdió la vida trágicamente después de salvar a su mujer Lucía…

Mis ojos se perdieron en la infinidad, y como uno de aquellos rayos que caían sin cesar sobre los árboles del bosque, un recuerdo emergió de mi memoria, golpeándome con tanta violencia que su visión me hizo desvanecer.

CAPÍTULO XX

—¿Vamos a robar el coche a los ladrones? —Me preguntó con una media sonrisa.

Yo solté una carcajada y le contesté:

—Se lo merecen, ¡ahora que se vuelvan caminando con todo lo que nos hayan robado! —Y los dos nos reímos juntos.

Cerré la puerta del coche y me fui hacia la entrada de la casa.

—¿Dónde vas, Marco? —me preguntó Lucía desde el interior.

—Tengo que cubrir nuestra huida, es solo un momento — contesté.

—Vámonos ya, por favor, Marco —me dijo Lucía con un tono de súplica.

—Es solo un segundo, cariño —contesté mientras me adentraba bajo el porche.

Tenía que asegurarme de que no nos seguirían, y si lo hacían, que tuviésemos un margen de tiempo lo suficientemente grande para poder despistarles en la carretera. Sujeté por las piernas el cuerpo de aquel maleante inconsciente y lo arrastré con muchas dificultades hasta el interior del vestíbulo. Después, tomé unos paraguas y salí fuera. Cerré la puerta y coloqué un par de ellos a través de los tiradores de la puerta, bloqueándola completamente. Los bastones de aquellos paraguas eran de madera muy resistente, y estaba seguro de que al menos resistirían unas cuantas embestidas antes de que los gorilas partiesen la madera y pudieran salir de la casa. Ese valioso tiempo nos ayudaría a alejarnos aún más y nos pondría fuera de peligro.

Nada más volverme hacia el coche, desde donde Lucía me observaba, alguien golpeó fuertemente la puerta desde el interior. Los

paraguas resistieron la embestida y lo siguiente fue una ráfaga de tres disparos que quedaron contenidos por la madera de la puerta. Yo salí corriendo hacia el coche y Lucía de un salto se cambió a la posición de conductor y puso el motor en marcha. Entré en el coche y antes de poder cerrar la puerta, Lucía aceleró y salimos disparados alejándonos rápidamente. Ella conducía a toda velocidad a través del jardín mientras yo, dado la vuelta, observaba lo que ocurría en la casa. Las luces del vestíbulo se encendieron, iluminando parte del corredor a ambos lados de este; a continuación, el perfil de un hombre apareció de la zona de luz, adentrándose a toda velocidad en una de las habitaciones. Desapareció un momento y al instante volvió portando algún objeto de considerable tamaño, como una silla o un taburete que lanzó contra la ventana. Le vi salir a través de ella y correr hasta el coche de policía; un segundo más tarde, las luces se encendieron y el vehículo inició la marcha a gran velocidad.

Tenía que ser Omar, el otro estaba fuera de combate cuando lo dejé en el suelo. De ninguna manera, alguien se hubiera podido recuperar con tanta facilidad y ser capaz de reaccionar con esa habilidad después de estar inconsciente solo unos minutos antes. Entonces miré a Lucía y le dije:

—Lucía, cariño, ahora concéntrate en la carretera, y ve lo más rápido que puedas.

—¿Qué ocurre? ¿Nos siguen? —me preguntó alarmada.

—No estoy seguro —contesté, intentando no mostrar mi preocupación.

Ella siguió conduciendo a toda velocidad a través del carreteril que utilizaba casi todos los días y que conocía perfectamente. Yo miraba hacia detrás sin parar y con amargura pude apreciar cómo Omar nos estaba alcanzando. Las luces traseras de nuestro coche eran una guía perfecta, que le ayudaban a anticipar las curvas y las rectas de la carretera. Y seguramente, el motor del coche de policía tendría más potencia que el nuestro, por lo que sólo era una cuestión de tiempo que nos tuviéramos que enfrentar a él en una lucha cuerpo a cuerpo sobre ruedas.

—Nos siguen, cariño, pero no te preocupes, tengo un plan —le dije a Lucía, intentando que mi voz sonase esperanzadora. Ella guardó silencio y agarró el volante con más fuerza.

Ojalá no le hubiera tenido que mentir. Ojalá realmente hubiese tenido un plan. Ojalá hubiese tenido al menos un revolver o algo con lo que poder defenderla. Pero lo cierto es que éramos una presa demasiado fácil para aquel lobo sediento. Si abandonábamos el coche, estábamos perdidos sin un arma, y a la velocidad con la que Omar nos estaba alcanzando, nos sería imposible llegar a la carretera principal y pedir ayuda. Nuestra única opción era intentar acercarnos tanto como

nos fuera posible a la carretera principal hasta que Omar nos alcanzase, y una vez que eso ocurriese, tendríamos que contenerle, cerrándole el paso, hasta que saliésemos del carreteril por el que íbamos a toda velocidad. El inicio de la nueva batalla se aproximaba, nuestro perseguidor se encontraba a menos de cien metros de nosotros. Gradualmente, las luces del coche del policía se hacían más cegadoras, y mi impotencia crecía con ello más y más, hasta que finalmente nos dio caza.

—Ya está aquí. Ahora, cariño, sigue conduciendo tan bien como lo estás haciendo y no le dejes pasar, que no nos adelante —le dije a Lucía en tono firme y calmado.

Quería que mi voz la tranquilizase, que pensase que teníamos un plan infalible para terminar con aquella pesadilla y que todo iba a salir bien.

—De acuerdo, Marco, no me va a pasar —me dijo Lucía, segura de sí misma.

—Perfecto —contesté.

Omar hizo unos cuantos intentos de adelantamiento que Lucía frustró con mucha habilidad. Lo intentaba una y otra vez en las curvas, en las rectas, intentando salir por los laterales de la carretera... Pero Lucía le anuló perfectamente. Yo no paraba de animarla y felicitarle con cada maniobra que finalizaba con éxito. Nuestra táctica ¡estaba funcionando!

De repente, Omar dejó de acosarnos y su coche se quedó rezagado. ¿Tal vez había pinchado una rueda? ¿O se había quedado sin gasolina? ¿O quizás había desistido? Por primera vez vi la luz al final del túnel, y Lucía y yo reímos de felicidad después de tanta tensión contenida. Fue un momento genial, que hubiese querido disfrutar algo más de tiempo, pero se esfumó como un suspiro cuando Omar volvió a la carga una vez más. Esta vez venía directo hacia nosotros a gran velocidad, no parecía tener ninguna intención de adelantar y cuando estaba muy cerca, tan pegado a nosotros que me costaba soportar la fuerza de las luces de su coche, comenzó a dispararnos sin parar. La luna trasera de nuestro coche estalló y los cristales saltaron por todas partes, alcanzándome en la cara y el cuello. Rápidamente, ayudé a Lucía a esconder la cabeza a una altura en la que estuviese a salvo mientras conducía, y fue entonces cuando una bala me alcanzó en el hombro derecho. Sentí un dolor muy intenso, que se irradiaba hacia el pecho y mi brazo, a la vez que el calor de mi sangre brotando de la herida se extendía y empapaba mi ropa. Pero no era el momento de quejarse, apreté los dientes y no le dije nada a Lucía, solo me limité a agacharme también, pero sin perder de vista al coche que nos seguía. Omar se alejó unos metros para disparar dos veces a una de las ruedas traseras de nuestro coche. Desde aquel momento, todo transcurrió a

cámara lenta. Lucía perdió el control del coche, que zigzagueó dos veces antes de que nos saliésemos de la carretera, rompiendo las protecciones y volásemos unos metros hasta caer por la ladera de una montaña. El coche se iba desintegrando poco a poco, mientras se deslizaba monte abajo, en dirección al lago. Con la fricción que se generaba entre el fondo del automóvil y las rocas del suelo, el coche empezó a arder, provocando un reguero de incendios tras nuestro paso. Desde la distancia, debimos asemejarnos a un cometa y la estela que dejaba al pasar sobre el firmamento. Allí íbamos los dos, metidos en una carcasa de chapa deformada, enfrentándonos a un futuro incierto, mientras golpeábamos todo cuanto encontrábamos en nuestro camino, a la vez que incendiábamos nuestro maravilloso bosque. Fueron unos segundos eternos, en los que yo no dejaba de mirar a Lucía y pedirle a Dios que si algo me pasaba, la protegiese y cuidase de ella mejor de lo que lo había hecho yo.

Finalmente, frenados por algunos de los árboles jóvenes que habían crecido cerca de la orilla del lago, lo que quedaba del coche impactó violentamente contra el agua y comenzamos a sumergirnos rápidamente.

Cuando chocamos sobre la superficie, Lucía se golpeó fuertemente en la cabeza contra el volante y quedó inconsciente; yo solo quedé un poco aturdido al golpearme con el salpicadero.

El agua se introducía vertiginosamente en el coche a través de la inexistente luna trasera, por lo que empezó a hundirse rápidamente hacia la profundidad, impulsado por el peso del motor en la parte delantera. No sé cómo, pero de alguna manera me las arreglé para sacar a Lucía del espacio entre el sillón y el volante donde se había quedado atrapada y salir a duras penas nadando por la ventana trasera de aquel amasijo de hierro y chapa en el que se había convertido el coche. La estructura del vehículo y sus luces se perdieron rápidamente en la oscuridad, mientras yo me concentraba en nadar hacia la superficie del lago que podía ver iluminada por la luna.

CAPÍTULO XXI

Milagrosamente, conseguí llegar hasta la superficie y sacar a Lucía fuera de aquella agua tan fría, el lago debía estar congelándose. Aquella criatura a la que yo tanto adoraba y amaba estaba pálida y no respiraba. Carecía de cualquier rastro de vida y se había convertido en un cuerpo torpe y ausente de voluntad.

Sin pensarlo un momento más, giré su cabeza e hice salir el líquido que llenaba su boca. Inmediatamente después, uní mis manos, una sobre otra, y comencé a estimular su corazón, mientras mi rostro se inundaba de lágrimas.

Todos los recuerdos de nuestros días juntos se agolpaban inquietos contra mi corazón, al contemplarla inconsciente sobre el suelo. Podía sentir cómo el dolor del miedo a perderla iba creciendo con ferocidad y hería mi alma sin ninguna piedad, hasta lacerar el rincón más profundo e inocente de su existencia.

«Ella no, por favor, no lo permitas...», le suplicaba angustiado una y otra vez mirando al firmamento. Pero no hubo respuesta, solo la calma y el silencio de la noche estrellada.

Bajo aquella bóveda cubierta de astros parpadeantes, los únicos testigos del dolor de mis lágrimas, mantenía la esperanza de no perderla, mientras continuaba comprimiendo su corazón una y otra vez sin perder el ritmo. Su cuerpo se movía a merced de la presión sobre su pecho, pero seguía sin haber ninguna respuesta. Me sentía impotente, perdido, presa de la rabia y del miedo más aterradores que jamás había experimentado. Lucía no podía dejarme así, mi vida no tenía ningún sentido sin ella.

Y justo cuando el dolor y la desesperación se hacían insoportables,

cuando las lágrimas estaban tan llenas de amargura que me era difícil respirar…, una chispa de vida comenzó a brotar tímidamente de su cuerpo hasta que finalmente lo conquistó por completo. Al presenciar aquel milagro tomando forma, los sollozos y mis ojos cubiertos en lágrimas se fueron calmando paulatinamente, porque su magia estaba renaciendo. De nuevo, algo maravilloso vivía y tomaba fuerza en su interior. Lucía volvía a respirar, aunque solo tímidamente.

El tiempo pasaba y su aliento se hacía más firme y fuerte con cada segundo que transcurría. No podía dejar de contemplar su rostro y sonreír sumido en una inmensa felicidad.

Fue entonces, cuando el universo se paró, y sus ojos se abrieron un instante en el que volví a ver el color verde que daba paz a mi existencia, volví a sentir el calor de su sonrisa, volví a notar que la vida tenía sentido y que el futuro era un vasto jardín multicolor. Fue en aquel momento de profunda felicidad, cuando dejé de tener frío...

El agua, mezclada con mi sangre, brotaba de mi cuerpo y mis ropas sin parar. El brillo de la luna se reflejaba en él, mientras discurría vigoroso sobre el suelo en su camino de vuelta al lago como un árbol de plata agotado y vencido por los años.

Lejos de mi entendimiento, aquellos torrentes de líquido provenientes de mi cuerpo mojado empezaron a comportarse de una manera extraña, ejerciendo algún tipo de fuerza inexplicable. Al principio, su poder era tenue e intermitente, pero poco a poco se hizo más intenso y poderoso. Con más rapidez de lo que yo hubiese querido, aquella energía fuera de cualquier explicación racional comenzó a vencer lentamente las pocas fuerzas que me quedaban y mi cuerpo magullado se vio obligado a claudicar. Me arrastraba lentamente sobre la arena de la orilla, devolviéndome a las aguas del lago y separándome de Lucía sin piedad. Intenté aferrarme en vano a todo cuanto encontraba a mi alrededor, luché cuanto pude por no alejarme de ella, pero aquel líquido despiadado que me abrazaba y envolvía por todas partes no me soltaría jamás. Mi cuerpo se alejaba de Lucía sin que yo pudiera hacer nada, a la vez que mi alma sollozaba desconsolada, luchando por quedarse a su lado.

Había llegado la hora, estaba a punto de ser devorado por el lago. Mis piernas ya habían desaparecido en el agua, y tras ellas, mi abdomen primero y el pecho después también comenzaban a sucumbir.

Fue duro entender en esos pocos minutos que esa sería la última vez que vería a Lucía. Aquel oscuro ritual no se detendría y continuaría hasta que el resto mi cuerpo desapareciese por completo en la profundidad de aquellas oscuras aguas. Pensé que no tenía sentido seguir oponiéndome, porque quizás, alguien allá entre los astros del cielo me había dado el tiempo y las fuerzas suficientes para

salvar a mi estrella, y yo lo había conseguido, había cumplido con mi cometido. Ella estaba viva y nada más importaba ahora.

Llegar a aquella conclusión me hizo sonreír y mi alma aceptó su suerte sin reproches. Ambos entendimos las cláusulas del pacto y lo aceptamos. No me opuse más, y me concentré en los últimos instantes que pasaría cerca de ella. Solo Dios sabía cuánto la echaría de menos. Era nuestra despedida y no podría abrazarla o intercambiar una sonrisa con ella. Solo la observaría desde la lejanía.

Recordé tantos momentos buenos que pasamos juntos, tantos días de sonrisas y alegrías… Como cuando nos conocimos en una calle de Budapest o el día de nuestra boda. También nuestros paseos en barca, o los pícnics en el bosque y los días de juegos en el jardín. Gracias por aquellos maravillosos recuerdos, mi amor... gracias por todo. Antes de que mis ojos se cerrasen y se despidiesen por última vez de ella, pude ver cómo varios vehículos provenientes de la carretera principal se detenían y un grupo de personas con faroles descendía a pie por la ladera de la montaña para auxiliar a Lucía.

Y ese fue el final, mi adiós. Cuando comencé a desaparecer en un abismo de negrura y las estrellas en el cielo se fueron apagando lentamente hasta que se hizo la completa oscuridad. Estaba solo, adentrándome sin remedio en un universo inhóspito. Ahora, me enfrentaría a lo desconocido y debía ser fuerte.

Entonces, me di cuenta de que jamás estaría solo en aquel desierto. Porque allá donde fuera siempre me acompañarían su risa, el color verde de sus ojos llenos de vida, el tacto de su piel sedosa, la dulzura de sus labios carmesí y el calor del recuerdo de su amor infinito...

Fin
Iván Delgado Garrido.
Watergrove. Inglaterra.
2015.

Este libro se terminó de imprimir
en Almería durante el mes de septiembre de 2015